

¿ES EL *MANIFIESTO COMUNISTA* UN ARCAÍSMO POLÍTICO, UN RECUERDO LITERARIO? Cuatro tesis sobre su actualidad histórica¹

¿Por qué leer hoy nuevamente el *Manifiesto comunista*? ¿Por qué volver a referirse a ese pequeño texto, cuando nos separan de él 150 años de grandes transformaciones, de sucesos históricos y experiencias que lo vuelven distante? Un primer intento de respuesta sería que el *Manifiesto comunista* es un texto fundador de la doctrina marxista y, por tanto, si se trata de reivindicar el marxismo, hay que volver a leerlo y “aplicarlo”.

Ciertamente ésta es una respuesta comprometida, pero con un error, que no sólo consiste en convalidar su lectura como un acto de fe, sino que además pulveriza el propio objeto del *Manifiesto*, que es la crítica radical de lo existente, y no el recuento litúrgico de lo escrito en el pasado. Ese tipo de exégesis corresponde a las cofradías y sacerdocios políticos, que han hecho del marxismo un culto pseudorreligioso con credos machacones, olimpos repletos, máquinas burocráticas para hacer cumplir la fe, exco-

¹ Texto extraído de Álvaro García Linera, “¿Es el *Manifiesto comunista* un arcaísmo político, un recuerdo literario? Cuatro tesis sobre su actualidad histórica”, en Raquel Gutiérrez, Raúl Prada, Álvaro García Linera, Luis Tapia, *El fantasma insomne. Pensando el presente desde el Manifiesto comunista*, La Paz, Muela del Diablo, 1999.

mulgar a los renegados y adoctrinar a los infieles. En su versión más monstruosa, estas maquinarias funcionan como Estados modernos, variando simplemente la doctrina que deben inculcar en los legos (nacionalismo, fascismo, estatalismo, liberalismo, etc.); en sus variantes primitivas, son las sectillas de devotos quienes asumen la militancia como apostolado, y quienes en el fondo han confundido sus inclinaciones místico-religiosas con adscripciones políticas. Este tipo de encuentro con el *Manifiesto* evidentemente nada tiene de marxista, a pesar de que se haga en su nombre.

Un segundo tipo de lectura es aquella que toma el *Manifiesto comunista* como un texto histórico, que quizá fue revelador para la época en que fue escrito, pero que ahora, ante los cambios sociales que ha experimentado el mundo con el derrumbe de los “socialismos”, carece de pertinencia y que, cuando más, es una joya de archivo para la etno-historia. La virtud de esta posición frente a la anterior es que al menos utiliza razones, antes que creencias hipostasiadas. Sin embargo, la limitación de esta postura radica en que reduce la experiencia y la creación social a un mero amontonamiento de actos inconexos en el devenir histórico, sin capacidad de trascender unos en otros. La historia no es una sucesión lineal y compartimentada de eventos: es un devenir de eventos connotados y jerarquizados, en el que los más recientes se levantan sobre el campo de posibilidades, despertados por los anteriores, y en el que la propia significancia de muchos de los sucesos pasados sólo halla su verdad en el porvenir.

En el caso del *Manifiesto comunista*, si bien es cierto que su inteligibilidad está dada por las características del desarrollo capitalista del siglo XIX, que es estudiado y criticado por el texto, hay en él mismo una serie de reflexiones sobre los componentes fundamentales del régimen capitalista, que se mantienen a lo largo de los distintos momentos que recorre su desarrollo, porque precisamente ahí está anudada la “información genética” que viabiliza su existencia histórica, su perdurabilidad y ocaso. Una lectura marxista del *Manifiesto* precisamente afinca sus posibilidades en develar esta intimidad del texto con la extraordinaria realidad capitalista actual, con sus componentes y las condiciones

materiales de su superación. La lectura que vamos a realizar ahora busca precisamente mostrar algunas vetas de esta actualidad del *Manifiesto* o, si se prefiere, de la imposibilidad de la época actual de trascender, en términos generales, a la época histórica retratada por el *Manifiesto comunista*.

1. EL DESARROLLO PLANETARIO DEL CAPITALISMO. SUBSUNCIÓN GENERAL DEL MUNDO AL CAPITAL

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias [...] que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual.

Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, pp. 114-115

Uno de los argumentos más socorridos por las corrientes liberales para descalificar la posibilidad de un régimen social alternativo, o distinto al capitalista, es que la globalización económica ha

vuelto imposible opciones de desarrollo autónomo por fuera del mercado mundializado y la interdependencia de las actividades productivas, políticas y culturales.² Este argumento sería correcto si se supusiera que puede haber una vía de progreso económico al margen o paralela a la definida por el capital. Pero entonces ya no estaríamos hablando de Marx, sino de las múltiples variantes ideológicas del nacionalismo de Estado que, aprovechando el ambiente de fomento de los mercados y la industrialización interna enarbolada por las políticas keynesianas, creyeron hallar en el capitalismo de Estado una anticipación del socialismo o, al menos, una “vía propia” y novedosa para alcanzar el desarrollo sin caer en garras de las multinacionales.³

Hoy sabemos que la sustitución de importaciones y la creación del mercado interno, lejos de crear opciones frente al desarrollo del capitalismo mundial, fue una de sus formas históricas de despliegue, que permitió la docilización y soborno de parte de las clases laborales, el disciplinamiento ciudadano de emigrantes campesinos, y la formación estatal de millones de consumidores de mercancías en disposición de ampliar la clientela de compradores de las multinacionales, una vez disminuidas las fronteras arancelarias. Igualmente, el “socialismo realmente existente” lo único que hizo fue desplegar, por nuevos medios, la mercantiliza-

² Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, México, Planeta, 1992; Taichi Sakaiya, *La sociedad del conocimiento*, Santiago, Andrés Bello, 1994. Una visión crítica al respecto se halla en Alain Touraine, *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

³ Samir Amin, *El eurocentrismo: crítica de una ideología*, México, Siglo XXI, 1989; Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1998; Andre Gunder Frank, *América Latina: Subdesarrollo o revolución*, México, Era, 1973; Octavio Ianni, *La formación del estado populista en América Latina*, México, Era, 1975; Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1972; Menno Vellinga (coord.), *El cambio del papel del estado en América Latina*, México, Siglo XXI, 1997; James Malloy, *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1977; Henry Kirsh, *Industrial Development in a Traditional Society*, Miami, University Press of Florida, 1977; y Jean Carrière (comp.), *Industrialization and State in Latin America*, Amsterdam: Centre for Latin American Research and Documentation (CEDLA), 1979.

ción estatalizada de la vida económica de estructuras sociales tan abigarradas como las de los países de Europa Oriental.⁴

Frente a la especulación sobre la existencia de burbujas sociales capaces de emprender formas de desarrollo autónomo ante y en medio del capitalismo, Marx supo develar la tendencia inmanente de la lógica del capital a universalizarse, o, en palabras posteriores, a subordinar, primero externamente, las estructuras económicas, culturales y cognoscitivas no-capitalistas que encuentra a su paso para retorcerlas para sus fines de acumulación; y luego, realmente, por medio de la modificación material de esas estructuras, hasta un punto tal que ellas lleven amalgamada a su dinámica y *coesidad* la racionalidad del valor-mercantil.⁵

El capitalismo, como hecho universal y universalizante, es la caracterización básica que recorre todo el *Manifiesto*, y a partir de la cual Marx indaga la posibilidad material del comunismo. La primera etapa de esta expansión mundial fue el “descubrimiento de y la circunnavegación a África”, que al tiempo que redondeó el mundo como un espacio cerrado y cognoscible en toda su extensión, creó el basamento de la intercomunicación de las actividades de cualquier persona con el resto de los seres humanos. Estas acciones permitieron el surgimiento de “un mercado mundial” que puso en circulación y conocimiento los productos del trabajo de distintos regímenes socioeconómicos, aunque todavía con unos medios de comunicación y transporte correspondien-

⁴ Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS*, 2 tomos, México, Siglo XXI, 1978; Bernard Chavance, *El sistema económico soviético*, Madrid, Revolución, 1987; Jan Winiecki, *Las distorsiones en las economías de tipo soviético*, Barcelona, Civilización, 1989; Enrique Palazuelos Manso, *La economía soviética más allá de la Perestroika*, Madrid, Ciencias Sociales, 1990; Alec Nove, *El sistema económico soviético*, Madrid, Siglo XXI, 1982; y Fernando Claudín, *La oposición en el “socialismo real”*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

⁵ Karl Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, 1981, Tomo 1, secciones 3, 4, 5, 7; Karl Marx, *Grundrisse: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1982; Karl Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, 1984; Álvaro García Linares, *Forma valor y forma comunidad*, La Paz, Quipus, 1995; Alejandro Portes, *En torno a la informalidad*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1995, y Alejandro Portes (ed.), *La economía informal*, Buenos Aires, Planeta, 1990.

tes a las épocas de los intercambios locales. Ésta es la época del predominio del capital comercial.

Una segunda etapa de esta mundialización del capital fue la incursión de éste en la propia producción local de mercancías, arrasando, erosionando antiguas formas de trabajo. Esto dio lugar al desarrollo, en ciertas regiones, de una producción eminentemente capitalista, y a la formación de una red material de transporte,⁶ producto del propio desarrollo industrial (ferrocarriles, compañías navieras de carga con barcos a vapor), con lo que el comercio mundial que había antecedido y potenciado la industria ahora aparecía como resultado de ella, en la medida en que el nuevo aparato técnico organizativo del comercio había sido producido por la industria.

La tercera etapa de esta globalización del capital señalada por el *Manifiesto*⁷ es la de extinción de la “base nacional de la industria”, que no sólo lleva a una expansión inusitada de la forma de trabajo capitalista a un número creciente de regiones que se vinculan al mercado mundial, sino que, además, para mantenerse como tal producción capitalista, debe hacerlo utilizando productos industriales, las materias primas y las tecnologías elaboradas en las regiones más diversas del globo. Esta última tendencia, delineada posteriormente en el *Manifiesto*, será utilizada por Marx para entender cómo fue posible que la crisis capitalista europea de 1847-1849 fuera superada provisionalmente mediante la expansión del capital industrial de Europa al resto del mundo⁸ e incluso, para dudar acerca de la posibilidad de victoria de una revolución social

⁶ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, en *Obras escogidas*. Tomo I, Buenos Aires, Progreso, 1980.

⁷ *Ibid.*

⁸ Karl Marx, “Mayo a octubre de 1850”, en *Historia y sociedad*, No. 4, 1974. Un excelente estudio sobre esta obra de Marx y su concepción de la crisis se halla en Jorge Veraza, “Teoría del mercado mundial”, en *Seminario de El capital*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1993. Véase también Eric Hobsbawm, *La era del capitalismo (1848-1875)*, Barcelona, Labor Universitaria, 1989.

en Europa mientras el capital siguiera avanzando pujantemente en un territorio geográfico cada vez más extenso en el mundo.⁹

La “mundialización” actual del capital, lejos de poner en duda el pensamiento crítico de Marx, es el presupuesto histórico a partir del cual él propone indagar las posibilidades de superarlo. “El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad”.¹⁰ Hablar del capital es entonces hablar de la remodelación del mundo como un todo para su dominio, de la tendencia siempre creciente, pero siempre inacabada, de la supeditación del comercio, del transporte, de la producción, del conocimiento, de la imaginación, del disfrute, del consumo a los patrones del capital, ya sea en términos formales externos o reales de su materialidad interna.¹¹ Que ésta sea una tendencia creciente pero nunca acabada radica en que lo único que estrictamente es no-capital, pero que a la vez es su fuente de vida, es el trabajo-vivo en sus diferentes formas corpóreas: las

⁹ Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia*. Tomo I, Madrid, Espasa Calpe, 1985. Véase también Karl Marx y Friedrich Engels, “El movimiento revolucionario”, en *Collected Works*, Tomo 8, Londres, Lawrence & Wishart, 1985. En una carta a Engels, Marx anota: “La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada sobre el mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia y el descubrimiento de China y Japón. Lo difícil para nosotros es esto: en el continente la revolución es inminente, y asumirá también de inmediato un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que un territorio mucho mayor del movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?”. “Carta de octubre de 1858”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, México, Cultura Popular, 1977.

¹⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

¹¹ Sobre el carácter globalizado del capitalismo desde sus inicios, véanse Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, Barcelona, Siglo XXI, 1985; John Holloway (coord.), *Dinero global y estado nacional*, México, AUP, 1994; John Holloway, “Un capital, muchos Estados”, en Gerardo Ávalos Tenorio y María Dolores París Pombo (comps.), *Política y Estado en el pensamiento moderno*, México, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 1996; y John Holloway *et al.*, *Globalización y estado-nación*, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1996.

comunidades agrarias, pero también, y ahora mayoritariamente, la potencialidad laboral en estado de fluidez, aún no objetivada, que despliega el trabajador social para crear riqueza material y simbólica.¹²

La importancia y la minuciosidad tan actuales, con las que Marx devela esta cualidad inmanente del capital, tienen por objetivo fundamentar positivamente el comunismo como asociación de productores en la que “el libre desenvolvimiento de uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”. Claro, si el capital, como sociedad de antagonismos, explotación y beneficios privados como las anteriores sociedades escindidas en clases, se levanta, sin embargo, sobre el trabajo social universal, la posibilidad de la emancipación humana como un todo deja de ser una añoranza infundada, para hallar en esa universalidad perversamente trabajada por el capital la condición material de posibilidad de una acción humana conjunta, que ya no devenga propiedad y poderío privado, sino posesión y poderío común universal de los propios productores que la engendran.¹³

Que la universalización del trabajo, creada por primera vez en la historia humana por el capitalismo, abra las posibilidades materiales de una acción conjunta de las capacidades y necesidades

¹² “Lo único diferente al trabajo objetivado es el trabajo no objetivado, que aún se está objetivando, o sea el trabajo como subjetividad. O, también, el trabajo objetivado, es decir como trabajo existente en el espacio, se puede contraponer en cuanto trabajo pasado al existente en el tiempo. Por cuanto debe existir como algo temporal, como algo vivo, sólo puede existir como sujeto en el que existe como facultad, como posibilidad, por ende como trabajador. [...] el trabajo, puesto como no-capital en cuanto tal es: 1) trabajo no objetivado, concebido negativamente (aun en el caso de ser objetivo; lo no objetivo en forma objetiva). En cuanto tal, es no-materia prima, no-instrumento de trabajo, no-producto en bruto: el trabajo disociado de todos los medios de trabajo y objetos de trabajo, de toda su objetividad; el trabajo vivo, existente como abstracción de estos aspectos de su realidad efectiva (igualmente no-valor)”. Karl Marx, *Grundrisse, op. cit.* El capital como trabajo objetivado y el trabajo vivo, como “trabajo no-objetivado”, como lo “único que no es capital” es el punto decisivo del concepto marxista de revolución y de sujeto revolucionario.

¹³ Sobre la comunidad universal, véase Karl Marx, *Grundrisse, op. cit.*, pp. 87-90, 217-219.

humanas no significa ni que el capital haya producido esta interdependencia social deliberadamente, ni que la sola presencia de esa universalización vaya directamente a crear la inminencia del comunismo. De hecho, estas malas interpretaciones están en el fondo de las actitudes de numerosos partidos e intelectuales que se proclaman marxistas y que se han desempeñado como fervientes aduladores del “progreso capitalista” pues, según ellos, eso prepararía las condiciones para el tránsito hacia el socialismo.¹⁴

Lo que estos aduladores del capital no toman en cuenta, o mejor, esconden, es que esta interdependencia universal desplegada por el capitalismo no es propugnada, ni buscada ni propuesta por Marx: sencillamente es descrita, es explicada, es estudiada, ya que ésta se desenvuelve “frente a nuestros ojos”. Pero, además, la universalización *creada* por el desarrollo del capitalismo *sirve* a ese desarrollo y *es parte* de ese desarrollo del capital; en otras palabras, la interdependencia universal es una *fuerza productiva del capital*, que a medida que se expande y densifica lo hace en tanto expansión y densificación de la racionalidad empresarial. El desarrollo histórico de la universalidad es el desarrollo del capital, por lo que propugnar y alabar esa expansión de la interdependencia universal es sencillamente propugnar el desarrollo del capital, por mucho que se justifique que “después” vendrá el socialismo, como postre histórico.

La actitud de Marx en el *Manifiesto* frente a esta globalización del capital es sencillamente entenderla en todas sus implicaciones y, por sobre todo, indagar sus *contrafinalidades*, las potencias emancipadoras ocultas en esta globalización, pero que, hasta hoy, se dan deformadas y retorcidas por la racionalidad capitalista dominante. El *Manifiesto* maneja dos dimensiones argumentales sobre la globalización: por una parte, la *concreta*, que es la globalización creada por y para el capital como mecanismo de acumulación ampliada. Por otro, la *abstracta*, despertada pero permanentemente reprimida por la primera, que habla de esta in-

¹⁴ En Bolivia, véanse los panfletos del Partido Comunista de Bolivia (PCB) y del Partido Obrero Revolucionario (POR).

terdependencia positiva de los seres humanos a nivel planetario, y cuya trascendencia va muchísimo más allá de esa miserable y frustrante manera en que se desenvuelve hasta hoy en el capitalismo.

Esta segunda dimensión abstracta ha surgido por influjo de aquella primera dimensión concreta; sin embargo, la primera es sólo una manera estrecha y mutilada del posible despliegue de la segunda; pero además, para que esta segunda pueda derramarse sobre la historia, se requiere previamente la demolición y sustitución de la primera, pues ella a lo único que tiende es hacia sí misma. El hecho de que esta superación radical de la forma capitalista de la globalización sea factible, viene dado por el contundente argumento de que el capital es simplemente fruto (enajenado) del trabajo social, una forma de ese trabajo social que deberá dar lugar, por autotransformación, que no es otra cosa que autoemancipación, a otra forma del trabajo social-universal en la que sea capaz de reconocerse y disfrutar en común del producto de sus capacidades, etcétera.

Vistas así las cosas, resulta por demás evidente que la actual “globalización” del capital puede ser entendida en su justa dimensión y profundidad como una nueva etapa de esa universalización del capitalismo de la que nos habla el *Manifiesto*, pero ante todo, como una etapa cuyo análisis crítico debe dejar traslucir las contrafinalidades, las contratendencias emancipadoras del trabajo ante el capital que anidan materialmente en su seno y que precisamente los marxistas tienen que entender y potenciar por todos los medios a su alcance.

En particular, lo que hoy, con aires de novedad e ignorancia, los liberales llaman globalización no es la existencia de un mercado mundial, que ya se inició entre los siglos XVI y XVIII;¹⁵ quizá

¹⁵ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, op. cit. En la zona andina, la producción minera, y con ello la actividad comunal que se articulaba coactivamente a ella, se vinculó estrechamente al comercio y a la producción europea a finales del siglo XVI; y ello no sólo en términos monetarios, sino también tecnológicos. Véanse Enrique Tandeter, *Coacción y mercado: la minería de la plata en el Potosí colonial 1692-1896*. Buenos Aires: Sudamericana, 1992; y Peter Bakewell, *Mineros de la montaña roja 1545-1650*, Madrid, Alianza, 1992.

lo específico ahora sea la fuerte tendencia a la generalización de las pautas de *consumo* y la cualidad de las mercancías cuya circulación se fomenta, como el dinero,¹⁶ o se limita a través de des-

¹⁶ Como lo han señalado los críticos del concepto de globalización, muchas de las tendencias que abarcan ese nombre no son nuevas del todo. La novedad de la llamada “revolución de la información” es impresionante, “pero la novedad del ferrocarril y el telégrafo, el automóvil, la radio, y el teléfono impresionaron igualmente en su día” (Harvey 1995). Incluso la llamada “virtualización de la actividad económica” no es tan nueva como puede parecer a primera vista. Desde la década de 1860 en adelante, los cables submarinos del telégrafo conectaron los mercados intercontinentales; hicieron posible el comercio cotidiano y la formación de precios a través de miles de millas, una innovación mucho mayor que el advenimiento actual del comercio electrónico. Chicago y Londres, Melbourne y Manchester fueron conectadas en tiempo real, los mercados de obligaciones también llegaron a estar estrechamente interconectados, y los préstamos internacionales a gran escala —tanto inversiones de cartera como directas— crecieron rápidamente durante este periodo (Hirst 1996).

“En efecto, la inversión directa extranjera creció tan rápidamente que en 1913 supuso por encima del 9% del producto mundial —una proporción que todavía no había sido superada al comienzo de la década de 1990 (Bairoch y Kozul-Wright 1996). Similamente, la apertura al comercio exterior —medido por el conjunto de importaciones y exportaciones en proporción del Producto Interno Bruto (PIB)— no era notablemente mayor en 1993 que en 1913 para los grandes países capitalistas, exceptuando a los Estados Unidos (Hirst 1996). Seguramente, como resaltan desde perspectivas diferentes los aportes de Eric Helleiner (1997) y Saskia Sassen (1997), la más espectacular expansión de las últimas dos décadas, y la mayor evidencia en el arsenal de los defensores de la tesis de la globalización, no ha estado en la inversión directa extranjera o en el comercio mundial, sino en los mercados financieros mundiales. Señala Saskia Sassen que ‘desde 1980 el valor total de los activos financieros ha aumentado dos veces y media más rápido que el PIB agregado de todas las economías industriales ricas. Y el volumen de negocios en divisas, obligaciones y anticipaciones de capital ha aumentado cinco veces más rápido’. El primero en ‘globalizarse’, y actualmente ‘el mayor y en muchos sentidos el único auténtico mercado global’ es el mercado de divisas. ‘Las transacciones por cambio de divisas fueron diez veces mayores que el comercio mundial en 1983; sólo diez años después, en 1992, esas transacciones eran sesenta veces mayores’. En ausencia de este explosivo crecimiento de los mercados financieros mundiales, probablemente no hablaríamos de globalización, y seguramente no lo haríamos hablando de un nuevo rumbo del proceso en marcha de reconstrucción del mercado mundial producido bajo la hegemonía de Estados Unidos como resultado de la Segunda Guerra Mundial. Después de todo, Bretton Woods era un sistema global, así que lo que realmente ha ocurrido ha sido un cambio desde un sistema global (jerárquicamente organizado y en su mayor parte controlado políticamente por los Estados Unidos) a otro sistema global más descentralizado y coordinado mediante el mercado, haciendo que las

pólicas políticas de proteccionismo estatal, como en el caso de la mercancía fuerza de trabajo, a la cual se le impide desplazarse libremente del sur al norte.

Lo singular de la actual forma de globalización tampoco es la expansión de la producción capitalista a todos los confines del mundo, pues eso se intensificó a mediados del siglo XIX, como forma de superación de la crisis capitalista que vivió Europa. No por casualidad, desde los años cincuenta, la atención de Marx se desplazó de Europa a Oriente y América, a las estructuras comunales y a la agricultura, pues es precisamente este “campo del mundo” el que comienza a ser objeto de subordinación formal y real por el capital.¹⁷ La revolución rusa —que por lo general es tomada como argumento de una decadencia del capitalismo, en el caso de los izquierdistas, o del fracaso de cualquier esfuerzo revolucionario anticapitalista, en el caso de los derechistas—, en sus resultados y a la luz del *Manifiesto comunista*, adquiere otro significado: en las limitaciones para expandirse planetariamente, a fin de reforzar los embriones de autogobierno y autogestión económica de los trabajadores de la ciudad y el campo rusos, la revolución devino una revolución nacional burguesa, que bajo formas imperiales y de capitalismo de Estado, continuó esa ola de expansión del capitalismo desde el centro hasta las “extremida-

condiciones financieras del capitalismo sean mucho más volátiles e inestables: la globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital”. Giovanni Arrighi, “Estados y soberanía en la economía mundial”, conferencia dictada en la Universidad de California, Irvine, 21-23 de febrero de 1997.

¹⁷ Véanse los escritos de Marx sobre la India, China, América Latina, Irlanda, Turquía, España, Rusia, etc., publicados en distintos periódicos desde 1852, o presentes en sus cartas y en sus manuscritos preparatorios de *El capital*. Algunos de estos trabajos se hallan en Karl Marx y Friedrich Engels, “Materiales para la historia de América Latina”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 30, 1972; Karl Marx, “Historia diplomática secreta del siglo XVIII”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 87; “La cuestión nacional y la formación de los estados”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 69, 1980; “Sobre el colonialismo”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 37, 1973; *Imperio y colonia, escritos sobre Irlanda*, Pasado y Presente, 1979; *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1974; y *Marx contra Rusia*, Buenos Aires, s.e., 1974. Véase también “Formas que preceden a la producción capitalista”, en *Grundrisse, op. cit.*

des” de su cuerpo geográfico mundializado. Lo relevante hoy de este proceso de expansión de la producción capitalista a todo el orbe es el acrecentamiento del abismo que separa a países y compañías que controlan las condiciones materiales de producción, invención y desarrollo de las modernas tecnologías, y los países y consumidores, facultados sólo para acceder al uso restringido de productos terminados, mas no para producirlos o modificarlos. Hablamos entonces de una descomunal jerarquización productiva, no sólo globalizada, sino a la vez tecnologizada, entre industrias, regiones y naciones.

La actual globalización del capital, en los hechos, vendría a continuar, en un nivel más complejizado, dos de las tres etapas señaladas como tendencias históricas por el *Manifiesto*:

a) *La formación de una red de transporte y comunicaciones por y para la industria.* Ya dijimos que un primer momento de esta subsunción real de los medios de comunicación y transporte al capital se dio desde el siglo XIX, cuando se modificó el aparato técnico y organizativo de la esfera de la circulación y distribución, que comenzó a desenvolverse sobre una base tecnológica creada por la producción industrial (ferrocarriles, barcos a vapor, etc.)¹⁸ y en muchos casos como parte del propio proceso de producción.¹⁹ Tenemos entonces el inicio, por parte de la producción capitalista, de una red material propia para el comercio mundializado a través de estos nuevos medios de transporte. Esta tendencia avanzó durante el siglo XX con el telégrafo, la radiocomunicación, el transporte aéreo, y ahora se habría entrado en un nuevo momento con la fibra óptica, la comunicación satelital y el uso

¹⁸ Karl Marx, Friedrich Engels y Nikolái Danielson, *Correspondencia 1868-1895*, México, Siglo XXI, 1981. Véanse también las cartas entre Marx y Engels en la década de 1850-1860, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, México, Cultura Popular, 1978; Vladimir Lenin, *Acotaciones a la correspondencia entre Marx y Engels*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

¹⁹ Karl Marx, “Maquinaria y gran industria”, en *El capital, op. cit.*, 1984; y “Cuaderno tecnológico-histórico” (Extractos de la lectura B-56, Londres, 1851), México, Universidad Autónoma de Puebla (UAP), 1984.

de los ordenadores para la interconexión simultánea en red en la banca, el comercio, el transporte.

Si nos fijamos bien, esta nueva base tecnológica lo que hace es consolidar la subordinación real de los medios de intercomunicación mundializados al capital, que se inició hace más de un siglo. La peculiaridad de este nuevo momento de subordinación globalizada de los medios de comunicación y transporte es que está creando un *tiempo de comunicación* mundializado homogéneo, y tendencialmente convergente a cero. Esto significa que el nuevo basamento tecnológico está creando, por un lado, una uniformización en los tiempos de circulación y distribución de los productos de una fábrica, país o región con los de cualquier otra fábrica, país y región del planeta; y por otra parte, estos tiempos que tardan en trasladarse materias primas, máquinas, capitales, productos de consumo y fuerza de trabajo, tanto al interior de talleres, países, como entre regiones distantes en el mundo, tienden a ser cero. Hoy en día, las bolsas de valores y la comunicación por satélite permiten mover capitales e inversiones de un país a otro en cuestión de minutos, la producción intelectual puede fluir simultáneamente al mundo, y los productos y personas pueden moverse de un continente a otro en cuestión de horas, cuando antes esto tardaba meses o semanas. A partir de esta remodelación de la base comunicacional mundializada está surgiendo:

b) *Una base mundializada de la propia producción.* Ya hemos visto cómo el *Manifiesto* devela esta tendencia, con el surgimiento de industrias que no emplean ni materias primas ni tecnología producidas localmente, y que además producen mercancías que han de realizarse en un consumo igualmente mundializado. El nuevo momento de esta mundialización vendría a darse por el inicio de un proceso de trabajo inmediato planetarizado, esto es, que la propia actividad de producir un bien determinado no sólo requiere de materias primas, tecnología y mercados de otras partes del planeta, sino que la propia actividad de fabricación de un solo bien material o simbólico no se realiza localmente, en un solo taller, sino en múltiples talleres descentralizados y ubicados

en distintas partes del mundo, de acuerdo a la explotación de las capacidades laborales, las oportunidades estatales y la concentración de medios de producción que brinda cada región para la elaboración de componentes separados, que luego serán ensamblados en un producto final.²⁰

Hablamos, por lo tanto, de un Proceso de Trabajo Directo mundializado o, si se prefiere, de que el mundo comienza a aparecer como *espacio geográfico unificado*, donde se despliega la actividad completa de elaboración de cualquier mercancía. La posibilidad de esta modificación de las relaciones específicamente productivas, que convierte al planeta en un solo taller, del cual las regiones y países sólo son zonas que producen partes del producto final, viene posibilitada por la modificación de la estructura de transporte y comunicación mundial, en la medida en que el reducir enormemente el tiempo de desplazamiento de cosas y personas permite poner en funcionamiento simultáneo y enlazado procesos productivos parciales desparramados a lo largo del globo.

Ciertamente, esta modificación productiva apenas comienza (las maquilas de los años sesenta y setenta fueron su inicio), pero ya señala el nuevo nivel de la subordinación del mundo al capital, en la medida en que el tiempo y la geografía, además de ser coaccionados a adecuarse a las necesidades de la valorización —como ha sucedido hasta hoy—, su misma significancia material y la manera de vincularnos a ellos, son reestructurados para aparecer como fuerzas productivas del capital.

Pero el *Manifiesto* no otorga únicamente los marcos conceptuales para volver inteligibles muchas de las “novedades” de

²⁰ Jürgen Heinrichs, Otto Kreye y Folker Fröbel, *La nueva división internacional del trabajo*, México, Siglo XXI, 1981; Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda (coords.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, México, Siglo XXI, 1995; Christian Palloix, *Proceso de producción y crisis del capitalismo*, Barcelona, Blume, 1980; José Ramírez Zaragoza, “El trabajo y la nueva organización productiva capitalista”, Tesis de Maestría, UNAM, 1993; y Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *Reconversión industrial y lucha sindical*, México, Nueva Sociedad, 1989.

nuestra época; lo hace porque precisamente realiza su crítica, porque indaga las contrafinalidades de estas tendencias, desde el punto de vista de la potenciación del trabajo social emancipado: “el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la propia burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido [...] de tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma”.²¹ ¿Cómo es que el capital, al expandir su dominio, potencialmente socava las condiciones de ese dominio? Porque al unir instantáneamente la producción y el consumo productivo de las más diversas regiones del mundo, el conocimiento y las capacidades laborales de las zonas más distantes del planeta, crea material y tecnológicamente las posibilidades de una “unión cada vez más extensa de los obreros”,²² en la medida en que su trabajo es la sustancia social que sostiene la intercomunicación y la interdependencia instantánea del capital. El capital es sólo trabajo enajenado, por tanto, la mundialización del capital es sólo la mundialización del trabajo, la interdependencia de sus capacidades y necesidades, pero de manera enajenada, falseada por el lucro privado. La globalización del capital existe porque ya hay entonces una globalización del trabajo, pero reprimida, coaccionada a existir como globalización fetichizada de las cosas y del dinero. El triunfo planetario del capital, que hoy día se festeja, descansa sobre la posibilidad de un triunfo planetario del trabajo y, de hecho, el festejo empresarial es sólo una más de las maquinarias de guerra para aprisionar y deformar esa potencialidad mundializada del trabajo.

Sin embargo, esta potencialidad jamás brotará por obra del propio avance del capital, pues éste se define precisamente por la ininterrumpida colonización, por la sistemática expropiación del cúmulo de fuerzas sociales anidadas en el trabajo,²³ en este caso,

²¹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

²² *Ibid.*

²³ Al referirse al argumento de que el proteccionismo, al concentrar las fuerzas sociales internas en torno al empresariado local para hacer frente a la competen-

de su interdependencia, de su fondo comunitario universal, que habilita que el ser genérico humano sea un producto del propio trabajo del conjunto de los seres humanos existentes; más su historia, por supuesto. Para que esta fuerza brote, se necesita que los propios portadores corporales del trabajo vivo sean capaces de reconocerse, de desearse, de apropiarse material y directamente de lo que ellos hacen en común, esto es, a escala planetaria.

El que esto suceda ya no es fruto del capital, sino de la autoconstrucción del trabajo, frente y por encima de aquella que el capital hace cotidianamente de ellos. Se trata de un proceso de autonegación²⁴ del trabajo en cuanto trabajo-para-el-capital, es decir, se trata de un hecho político, cultural, subjetivo y organizativamente material, que reclama al trabajo universal la capacidad de autoformarse, de autodeterminarse como sujeto histórico-universal. Las condiciones de esta autoemancipación, señaladas por el *Manifiesto*, las trataremos posteriormente.

cia extranjera, también robustece al proletariado, Marx menciona una evidente contradicción en ese razonamiento: “Mientras que el sistema proteccionista pone en manos del capital de un país las armas necesarias para luchar contra los países extranjeros, mientras fortalece al capital frente a los de afuera, cree que este capital así armado y robustecido se tornará débil y transigente frente a la propia clase obrera. Esto valdría tanto como apelar a la caridad del capital, como si el capital en cuanto tal pudiera ser caritativo. Pero las reformas sociales no se logran nunca por la debilidad de los fuertes, sino que son siempre el fruto de la fuerza de los débiles”. Karl Marx, “Discurso sobre los aranceles protectores, el libre cambio y la clase obrera”, en *Obras escogidas, op. cit.*

²⁴ Marx explica que la moderna sociedad capitalista es “el proceso de autoenajenación del trabajo y por tanto, el ‘comunismo es la posición de negación de la negación y, por tanto, el momento real, necesario, de la emancipación y la recuperación humanas’”. A esta negación de la autoenajenación la estamos llamando autonegación del trabajo. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Tomo 2, México, Grijalbo, 1982.

2. EL DESARROLLO TECNOLÓGICO CONTEMPORÁNEO: EL MOVIMIENTO DE LA ENAJENACIÓN MATERIAL DEL TRABAJO

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción, por consiguiente las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La burguesía a lo largo de su dominio de clase [...] ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria, y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros [...]. El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina [...]. Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños.

Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, pp. 114-117

Nuestra época se caracteriza por una expansión extraordinaria de los medios de comunicación, así como de consumo y, ante todo, de producción. Si en la época de Marx se empleó la máquina a vapor, el ferrocarril, el telégrafo, etcétera, hoy día la energía nuclear ha abierto una fuente de energía inagotable para poner en funcionamiento máquinas. Las investigaciones en materiales conductores están permitiendo el almacenamiento y transporte de ingentes cantidades de información en cada vez más diminutos

y eficientes dispositivos; la microbiología ha abierto la posibilidad de modificar conscientemente la estructura genética de organismos vivos y aplicar procesos biológicos a otras ramas del trabajo productivo; la computadora, las máquinas con control numérico y los robots son ya indispensables en gran parte de las industrias más productivas del mundo, y las tecnologías de comunicación están convirtiendo al mundo en un solo gran taller que descentraliza sus funciones parciales por continentes y países.

La realidad específica en la que toma cuerpo esta modificación de los “instrumentos de producción” es ciertamente muy distinta a la vivida hace cien años, al igual que la pasmosa vertiginosidad con la que se han revolucionado en las últimas décadas esos “instrumentos de producción” y esos saberes nuevos, que se “hacen añejos antes de llegar a osificarse”.²⁵

Este abrumador desarrollo de medios de trabajo, de medios de comunicación, de saberes científicos aplicados, ciertamente muestra a una sociedad capitalista aparentemente vigorosa, capaz de modificar sus medios de producción, de seguir elevando la productividad del trabajo y de modificar las condiciones productivas para satisfacer ciertas demandas sociales haciendo brotar otras.

Pero esta obsesión transformista del capital, estas ansias irrefrenables de revolucionar las condiciones de producción no son sinónimo de lozanía, ni garantía de su indestructibilidad presente. Pensar que el capitalismo es hoy en día insuperable porque sigue transformando los medios de trabajo e incrementando la productividad laboral, tal como argumenta el pensamiento conservador contemporáneo, significa creer que el capitalismo tiene por objetivo histórico revolucionar las condiciones materiales de producción y mientras lo haga, su vida estará asegurada. El error de esta creencia extendida es que sustituye a la finalidad implícita del régimen capitalista (la ganancia, la valorización del valor),²⁶ por el medio que es fetichizado, la transformación de las condi-

²⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

²⁶ Karl Marx, “Economic Manuscript of 1861-1863”, en *The Production Process of Capital. Collected Works*. Tomo 3, New York, International Publisher, 1988.

ciones de producción.²⁷ Curiosamente, la misma actitud esgrime cierto “izquierdismo” confesional, que pretende explicar la *de-bacle* del capitalismo, pero ahora por su “incapacidad de seguir desarrollando las fuerzas productivas”, como si en ello se definiera la esencia de esta estructura social. En este último caso, la paranoia adquiere rasgos clínicos, pues, para defender sus puntos de vista, tienen que invisibilizar la evidente transformación de los instrumentos de trabajo ocurrida en las últimas décadas y la intensificación de la productividad en determinadas ramas de producción (telecomunicaciones, microelectrónica, electroinformática, etcétera),²⁸ que están contrarrestando las inocultables dificultades de acumulación que tiene el capital a escala planetaria.

Pero estos pensamientos conservadores y pseudoizquierdistas surgen de una misma matriz fetichizadora de la técnica, de su avance o su parálisis como garantía de vitalidad o decrepitud del capital, como si el desarrollo tecnológico fuera lineal, único y cuantificable en una escala transhistórica. Este tecnologicismo decimonónico olvida que la fuerza “motriz” del capital no es la “conquista de las fuerzas productivas” y que, por tanto, su derumbe no viene por su “incapacidad” de fomentarlas. Lo que mueve la sociedad capitalista es la valorización del valor, la ganancia monetaria acrecentada ininterrumpidamente, y lo que ha de llevarla a la tumba es precisamente la imposibilidad de continuar la espiral de valorización. La técnica, para esos fines, es un medio que permite esta valorización desde el movimiento del propio proceso de producción, y así como la función social de las herramientas de trabajo está definida por la intencionalidad

²⁷ *Ibid.* Véase también Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1968 y Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1986.

²⁸ Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda (coords.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, op. cit.; Benjamin Coriat, *La robótica*, Madrid, Revolución, 1985; Michael Borrus (ed.), *US-Japanese Competition in the Semiconductor Industry*, Los Angeles, University of California, 1993; Fumio Kodama, *Analyzing Japanese High Technologies*, London, Pinter, 1991; Raquel Gutiérrez Aguilar, *Apuntes sobre la crisis actual del capitalismo mundial*, La Paz, s. e., 1993; y Jon Elster, *El cambio tecnológico*, Barcelona, Gedisa, 1990.

de valorizar el valor que empuñan sus propietarios y controladores, y que la antecede y la dirige,²⁹ la superación del capital tampoco está definida por las herramientas (“grado de desarrollo de las fuerzas productivas”), sino por los portadores de ellas, capaces de encumbrar una nueva racionalidad social, fundada en la dispendiosa satisfacción de necesidades sociales³⁰. Veamos esto más de cerca.

Como lo muestra Marx en el *Manifiesto*, el capitalismo es fruto de medios de producción y de cambio que se “crearon en la sociedad feudal”. Sobre esa base material, formada en y para otro régimen productivo, el capital como relación social emerge y se desarrolla; es pues, un desarrollo formal, ya que lo hace sobre una base tecnológica heredada, sin embargo, parcialmente refuncionalizada, para acrecentar la acumulación de valor. Un afianzamiento real, o mejor, las condiciones de su autorreproducción vendrán desde el momento en que el capital sea capaz de crear su propia base tecnológica, de fundarse materialmente a sí mismo, y eso sucederá cuando la estructura técnico-organizativa del proceso de producción aparezca como resultado del propio capital, incluidas las fuerzas productivas. Para ello, el capitalismo tendrá que revolucionar, para sí y en función de sí, las cualidades materiales de los medios de trabajo y los modos organizativos de su consumo, capaces de tecnologizar la racionalidad del valor. En *El capital*, Marx llamará a esto subsunción real del proceso de trabajo al capital.³¹ Pero, al tiempo que es sólo en ese momento que el régimen del valor logra cimentar sus propias bases materiales

²⁹ Karl Marx, “Economic Manuscript of 1861-1863”, *op. cit.*

³⁰ Sobre el comunismo como sociedad de abundancia, y el peligro de socializar la escasez en caso de que la revolución social no se levante sobre una estructura técnico-material capaz de permitir la satisfacción abundante de los requerimientos sociales, véanse Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, México, Cultura Popular, 1980; y Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*. Tomo I, Buenos Aires, Losada, 1979.

³¹ Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*; Jorge Veraza, *Crítica a las teorías del imperialismo*, México, Itaca, 1987; del mismo autor, *La subsunción real del consumo bajo el capital en la posmodernidad y los manuscritos de 1844 de Karl Marx*, México, UNAM, 1994; y Álvaro García Linera, *Forma valor y forma comunidad*, *op. cit.*

de despliegue, lo hace amalgamando la racionalidad del valor a la propia cualidad *cósica* de los medios de trabajo.³² Decimos, por tanto, que el capital es capaz de crear sus propias condiciones de desarrollo, imponiendo un sello propio al desarrollo material de las fuerzas productivas, en este caso, subordinando, constriñendo ese desarrollo a la estrecha estrategia de valorizar el valor.

El capitalismo por tanto, no desarrolla indiscriminadamente las fuerzas productivas, sino que las mutila, las reprime a fin de que éstas sólo sigan la ruta que potencia la valorización del valor. Se trata de una unilateralización que anula las posibilidades de un desarrollo multilateral de las capacidades materiales del trabajo, fomentando sólo aquellas capacidades susceptibles de servir, de ser compelidas a la lógica del valor.

El capital subordina, entonces, las fuerzas productivas, tanto en su forma social como en su contenido material; o mejor, deforma su desarrollo para adecuarlas a sus fines. De ahí, por ejemplo, ese desarrollo unilateral de las fuerzas productivas técnicas en detrimento de las fuerzas productivas simbólicas, asociativas, o la recurrente conversión de las fuerzas productivas sociales en fuerzas destructivas o nocivas (las armas nucleares, la destrucción de la capa de ozono, etc.) que ponen en riesgo la propia existencia humana. Y aun en el terreno de las fuerzas productivas técnicas, la potenciación arbitraria de aquellas más aptas o más dóciles para incorporar en su movimiento y utilidad la codicia y el despotismo empresarial.

No hay pues fuerzas productivas ingenuas o neutras. Cada herramienta, cada medio de trabajo fruto de la sociedad contemporánea *incorpora en su cualidad material* y en las formas de su uso un conjunto de intencionalidades sociales, un conjunto de dispositivos de orden que constriñen habilidades, prescriben comportamientos, priorizan tales o cuales saberes, descartan

³² En el capítulo VI de *El capital* (inédito), Marx llama “propiedad social amalgamada” al instrumento de producción. Véase también Karl Marx y Friedrich Engels, “Draft of an Article on Friedrich List’s Book: Das nationale System der politischen Ökonomie”, en *Collected Works*, Nueva York, International Publisher, 1989.

otros, expanden tal o cual actitud grupal y aplastan otras, según los requerimientos históricos generales de época que acompañan a las estrategias de valorización del valor. Parafraseando a Bourdieu,³³ se trata de una especie de *habitus* tecnológico implícito, no necesariamente explícito en los creadores científicos y en los financiadores, pero que se manifiesta a la hora de la creatividad inventiva y del fomento de la misma por las ramas empresariales. Todo el peso de la predisposición del régimen del capital y de sus anhelos se agolpa a la hora de la producción de tecnologías, convirtiendo a las herramientas, más que en una prolongación de la habilidad del sujeto, en una prolongación material de la demanda epocal del régimen de valor, incluidas las resistencias que trata de superar y que volverá a engendrar. Con las fuerzas productivas modernas, la enajenación del trabajo adquiere pues, también, una forma tecnológica.³⁴

El problema con las fuerzas productivas en el capitalismo, y lo que permite hablar de la necesidad de la superación de ese régimen social, no es que no se desarrollen; al contrario: es porque se desarrollan en demasía, es porque “resultan ya demasiado poderosas” para el régimen actual, como dice Marx, que es posible postular la necesidad de un nuevo régimen social de producción. No es la manifiesta escasez de fuerzas productivas ni su estancamiento, como piensa el negativismo catastrofista del izquierdismo confesional, sino su tendencial abundancia lo que lleva a mostrarse ineficiente y retrógrado al capital. La abundancia de industria, de comercio, de civilización³⁵ no muestra el vigor del capital, sino sus límites, sus impotencias, porque cada vez se ve más compelido a constreñir la riqueza potencialmente anidada en esas actividades al estrecho interés del lucro, a la envejecida mirada de la ganancia.

La interdependencia universal del trabajo, la creatividad, el intelecto social general, la ciencia, todas ellas capacidades socia-

³³ Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1997.

³⁴ Karl Marx, *Grundrisse*. Tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

³⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

les que han despertado al influjo de la sociedad moderna, y que llevan en ciernes una infinidad de fuerzas capaces de fortalecer aptitudes humanas y de satisfacer requerimientos colectivos, son sistemáticamente extorsionadas para adecuarse a la estrecha disciplina de la ganancia. Es por esto que el capital “aniquila” a las fuerzas productivas, les impone un devenir cercenado por la valorización; pero no bien procede a este tipo de mutilación, las fuerzas productivas así desarrolladas como fuerzas productivas del capital vuelven a delinear las potencialidades latentes, que van más allá del valor de cambio y que nuevamente serán reprimidas, para luego volver a renacer con más fuerza. De hecho, el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, que en el fondo es un desarrollo de y para el capital, si algún motor tiene es justamente ahogar, vencer, capturar, erosionar en tal medida esas resistencias y autonomías erigidas por el trabajo frente al capital, que limitan la autovalorización del valor, como las propias potencialidades productivas que van más allá de la forma valor, de la forma mercancía y que están depositadas, aunque de manera abstracta, en las propias fuerzas productivas.³⁶

En este sentido, las modernas tecnologías son el producto más auténtico y más enajenado de los trabajadores: son fruto de la laboriosidad e inventiva de la sociedad mundialmente considerada; éste es su lado trascendente. A la vez, surgen para arrebatar saberes obreros y depositarlos en la máquina, para doblegar resistencias laborales, para demoler conquistas y esfuerzos organizativos proletarios, para incrementar la intensidad y el volumen

³⁶ “Las huelgas se realizan para esto: para impedir la reducción del salario o para lograr un aumento del salario o para fijar los límites de la jornada laboral normal [...]”; contra esto el capitalista utiliza la introducción de la maquinaria. Aquí la máquina aparece directamente como medio para abreviar el tiempo de trabajo necesario; aparece también como forma del capital —medio del capital—, poder del capital sobre el trabajo para reprimir toda prestación de autonomía por parte del trabajo. Aquí la maquinaria entra en escena también intencionalmente como forma del capital hostil al trabajo”. Karl Marx, “El salario”, en *Escritos económicos varios*, México, Grijalbo, 1962; Antonio Negri, *Dominio y sabotaje*, Madrid, Viejo Topo, 1979; y Antonio Negri y Félix Guattari, *Verdades nómadas*, San Sebastián, Gakoa, 1996.

del trabajo impago apropiado por el capital.³⁷ Las fuerzas productivas *actuales*, son por ello fuerzas materiales que posibilitan, que habilitan diariamente la enajenación del trabajo, la pérdida de sí del trabajador, de su propia capacidad creativa. De ahí que Marx hable de cómo el progreso industrial “quita al trabajo del proletario todo carácter propio”.

Es por este motivo material, amalgamado a la *coseidad* de los medios de trabajo, de transporte, de comunicación, de disfrute, de conocimientos sociales actuales, que la habilitación de una nueva forma social de producción no viene, ni puede venir, por “desarrollo automático” o mero crecimiento lineal de las fuerzas productivas.³⁸ El desarrollo de las fuerzas productivas es, y existe en la actualidad, como desarrollo dominante del capital, de su dinámica, de su intencionalidad convertida en máquina-herramienta, en conocimiento. Y aunque este desarrollo sea cada vez más parcial, más contradictorio, por el tipo de potencias sociales que tiene que supeditar y extorsionar (el trabajo y la universalidad del trabajo), no por ello deja de producir capital. Son precisamente estas características de las transformaciones tecnológicas las que permiten diferenciar el servilismo tecnicista, tan propio del conservadurismo de derecha e izquierda, de la posición crítica de Marx.

Cuando él hace referencia al impulso de las fuerzas productivas desplegado por la burguesía, lo hace de una manera crítica, esto es, hallando en la explicitación de su vigor y alcance sus limi-

³⁷ “El capital, por muy reformista que sea, jamás accede de buena gana a una fase ulterior o superior del modo de producción. De hecho, la innovación capitalista es siempre un producto, un compromiso o una respuesta, en resumen, una constricción derivada del antagonismo obrero. Desde este punto de vista el capital siente a menudo el progreso como declive. Y es un declive, o mejor, una deconstrucción. Porque cuanto más radical es la innovación, tanto más profundas y fuertes han sido las fuerzas proletarias antagonistas que la han determinado, y extrema ha sido pues la fuerza desplegada por el capital para dominarlas. Toda innovación es una revolución fallida, pero también intentada”. Antonio Negri, “Ocho tesis preliminares para una teoría del poder constituyente”, en *Contrarios*, No. 1, abril de 1989.

³⁸ Joseph Stalin, *Obras*. Tomo 14, México, s.e., 1953.

taciones, sus fragilidades ocultas, sus contrafinalidades. El hecho de que Marx destaque el desarrollo de las fuerzas productivas del capital no tiene el sentido mistificador que toma en manos de liberales y pseudoizquierdistas, que se centran en la técnica como motor o halo que pone en movimiento o estanca la historia. Para Marx, las fuerzas productivas son una relación social, una relación social de producción que se diferencia del resto porque es una relación social objetivada en instrumentos y disposiciones *cósicas* de la materia; es, por tanto, una materialidad social-natural que permite fundar, enraizar en la propia objetividad de la materia, unas relaciones sociales, unas intencionalidades prácticas, un devenir histórico. De ahí que el tratamiento de las fuerzas productivas lleve esta doble dimensión fusionada: la de la *materialidad social* y la de la *materialidad física* subordinada a la primera, trabajada por la primera, pero donde esa primera cobra objetividad histórica.

Para que las fuerzas productivas modernas, ineludiblemente desarrolladas como fuerzas productivas-del-capital, se muestren como fuerzas productivas trascendentes al capital, no se las puede tomar tal como se presentan hoy,³⁹ tienen que ser sometidas a una crítica práctica, a fin de superar la intencionalidad social y la *coincidencia* material de esa intencionalidad presente en la propia estructura de las herramientas de trabajo, que realizan objetivamente la enajenación del trabajo en capital. Las herramientas de

³⁹ “La industria puede ser vista como un gran taller en el que el hombre por primera vez toma posesión de sus propias fuerzas y las de la naturaleza, se objetiva a sí mismo y crea para sí las condiciones para una existencia humana. Cuando la industria es vista de esta manera, uno hace abstracción de las circunstancias en las que opera en la actualidad, y en las que existe como industria; el punto de vista no está en la época industrial, sino encima de ella; la industria es vista no por lo que es para el hombre actualmente, sino por lo que el hombre del presente es para la historia humana, lo que es históricamente; no es su existencia presente (no la industria como tal) lo que es reconocido, sino el poder que la industria tiene sin saberlo ni desearlo y que destruye y crea las condiciones para la existencia humana [...]. Esta valoración de la industria es al mismo tiempo el reconocimiento de que ha llegado la hora de suprimirla, o para la abolición de las condiciones materiales y sociales en las que el género humano ha desarrollado sus habilidades como un esclavo”. Karl Marx, “Draft of an Article on Friedrich List’s Book: Das nationale System der politischen Ökonomie”, *op. cit.*

trabajo, las máquinas y la ciencia aplicada, hoy por hoy, son estructuras de disciplinamiento del trabajo; aún más, estructuras de coerción y extrañamiento del trabajo de sus propias capacidades, porque lo que esas fuerzas productivas cristalizan son las capacidades sociales del trabajo social; son pues, medios de enajenación del trabajo. El que se supere esta enajenación tecnologizada del trabajo exige una crítica de las tecnologías que ponga en pie la multilateralidad de sus potencias anidadas. Mas esto no sólo es un acuerdo o una nueva intencionalidad social conducente de la tecnología, es también, a fin de que esa nueva intencionalidad social quede fundamentada materialmente, una nueva estructura material de la propia tecnología, una nueva forma maquinaal.⁴⁰

La actitud de Marx ante el desarrollo industrial se muestra entonces como una valoración despiadadamente crítica de sus logros. No se acerca a las fuerzas productivas por lo que ellas hacen hoy, que, como él lo sabe, es enriquecer a sus propietarios privados y enajenar el trabajo; las considera por lo que ellas potencial y abstractamente contienen para la humanidad, más allá de la miserable forma frustrante en que hoy día existen. Su mirada no está puesta en lo que ellas hoy hacen, sino en lo que ellas podrían hacer una vez roto el caparazón capitalista que las agobia y encadena. Su mirada no se deposita en el presente para consagrarlo, sino para abolirlo, precisamente a partir de las capacidades y necesidades, de las potencialidades materiales y subjetivas latentes y encubiertas que se hallan en él. Por eso su postura es crítica; crítica insuperable de nuestro tiempo, porque toma lo existente como punto de partida por ser negado por la

⁴⁰ Al argumento de List según el cual “‘las causas de las riquezas’ (las fuerzas productivas) son algo totalmente distinto al efecto, a la ‘riqueza en sí’ (el valor de cambio)”, Marx responde: “Pero si el efecto es diferente de la causa, ¿no debería la naturaleza del efecto estar contenida ya en la causa? La causa debe llevar consigo la característica determinante que se manifiesta después en el efecto [...]. En el presente estado de cosas, la fuerza productiva consiste no solamente en, por ejemplo, hacer el trabajo humano más eficiente o las fuerzas naturales y sociales más efectivas, sino justamente en hacer el trabajo más barato o más improductivo para el trabajador. Entonces la fuerza productiva está desde el principio determinada por el valor de cambio”, *ibid.*

propia fuerza potencialmente habilitada por ese presente. De esa manera, el porvenir, como negación de lo actual, queda positiva y materialmente fundado. Es el caso, por ejemplo, del avance industrial moderno.

En los últimos 150 años, la industria ha venido engendrando una doble modificación de las relaciones estrictamente productivas. Por un lado, incrementando incesantemente la productividad del trabajo, al permitir, mediante nuevas máquinas, reducir el tiempo que requiere un trabajador para producir una mercancía, en comparación al estado tecnológico anterior. En otras palabras, el tiempo de trabajo directo aplicado a cada mercancía y en cada proceso de trabajo por separado tiende a ser irrelevante frente al trabajo social-general; y el trabajo de cada obrero particular tiende a disolverse en la propia mercancía considerada individualmente, por lo que Marx llamara en los *Grundrisse* “la fuerza productiva general del individuo social”.⁴¹

⁴¹ “El cambio del trabajo vivo por el trabajo objetivado o, dicho de otro modo, la determinación del trabajo social en cuanto forma de la antítesis de capital y trabajo asalariado, constituye el último desarrollo de la relación de valor y del sistema de valor basado en él. Su premisa es y no puede dejar de ser el volumen de tiempo de trabajo directo, la aplicación de trabajo empleado, como factor decisivo de la producción de la riqueza. Pero a medida que se desarrolla la gran industria, la creación de la riqueza real depende menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo invertido que de la potencia de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo y cuya poderosa efectividad no guarda a su vez relación alguna con el tiempo de trabajo directo que ha costado su producción, sino que depende más bien del estado general y del progreso de la tecnología o de la aplicación de esta ciencia a la producción [...]. El trabajo ya no se revela tanto como contenido en el proceso de producción, sino que el hombre se comporta ahora más bien como guardián y regulador del proceso de producción mismo. No es el obrero el que interfiere como objeto natural modificado, como eslabón intermedio entre el objeto y él mismo, sino que es el proceso natural, convertido por él en un proceso industrial el que se desliza entre él como medio y la naturaleza inorgánica de la que se apodera. El obrero aparece junto al proceso de producción en vez de ser su agente principal. En esta transformación lo que aparece como el gran pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ya el trabajo directo que el hombre mismo ejecuta, ni el tiempo durante el cual trabaja, sino la apropiación de su fuerza productiva general, su capacidad para comprender la naturaleza y dominarla mediante su existencia como cuerpo social, en una palabra el desarrollo del individuo social. El robo de tiempo, de trabajo ajeno en el que descansa la riqueza actual se revela como un fundamento

Por otro lado, en las últimas décadas, el empleo de las máquinas, el control computarizado y los robots, vienen creando una nueva composición orgánica del consumo de la fuerza de trabajo, al priorizar, al menos en las ramas productivas con mayor inversión tecnológica, el consumo de la fuerza de trabajo intelectual y, tendencialmente, soslayar el consumo de la parte muscular de la fuerza de trabajo. Las máquinas sustituyen trabajo físico-muscular, ampliando la exacción del trabajo intelectual de los obreros en el interior de los procesos de producción.⁴² El llamado “fin del trabajo”,⁴³ la “tercera ola”, la “sociedad del conocimiento”, son otros tantos calificativos retóricos para esta modificación social y tecnológica en la forma de utilización de la fuerza de trabajo obrera en el proceso de producción, que lejos de desvanecer las condiciones de explotación, las despliegan en un espacio mucho más vasto. Ya no se trata solamente del dominio del trabajo científico a los designios del capital, a través de la intensificación de los lazos que unen la ciencia, como esfera de la división del trabajo, con la producción.

Claro, el trabajo humano, considerado en su componente intelectual y creativo,⁴⁴ es la parte de la fuerza de trabajo más

miserable, al lado de este otro, creado y desarrollado por la gran industria, tan pronto como el trabajo en forma directa deje de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo dejará y tendrá que dejar necesariamente de ser su medida y, con ello, el valor de cambio la medida del valor de uso. Con ello, se vendrá por tierra la producción basada en el valor de cambio y el proceso directo de la producción material se despojará de su forma y sus contradicciones miserables”. Karl Marx, *Grundrisse*, *op. cit.*

⁴² Benjamín Coriat, *El taller y el robot*, México, Siglo XXI, 1992; Kazuo Koiké, *Understanding Industrial Relations in Modern Japan*, London, Macmillan, 1988.

⁴³ Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

⁴⁴ “El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo [...]. El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil [...]. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquel ya existía en la *imaginación del obrero*, o sea *idealmente* [...]. El obrero no sólo efectúa un cambio de forma de lo natural; en lo natural, al mismo tiempo, *efectiviza su propio objetivo*, objetivo que él sabe que determina, como una ley, el modo y manera de su accionar y al que tiene que subordinar su voluntad [...].

estrictamente humana e insustituible por las máquinas, y es ella justamente la que en las últimas décadas está siendo subordinada en el interior de los propios procesos laborales industriales, por el desarrollo del capital. En términos estrictos, estamos ante una subordinación general de la *capacidad intelectual* de la fuerza de trabajo obrera, como parte nuclear y final de la subordinación del proceso de trabajo al capital. Las modernas tecnologías que se desparrraman por todas partes del mundo, lo que buscan es crear un basamento material mundializado para esta renovada supeditación del trabajo al capital.

El primer momento de este avasallamiento tecnologizado del trabajo está explícitamente tratado por Marx en el *Manifiesto comunista*, cuando se refiere al crecimiento de la productividad y a la desvalorización de la habilidad física para el trabajo con la instalación de la gran industria y el sistema automático de máquinas. Los resultados de esta modificación procesal de la actividad laboral son claros: supeditación del trabajador a la máquina, ante la cual el obrero aparece como “un simple apéndice” que debe realizar “las operaciones más monótonas y de fácil aprendizaje”, lo que lleva a que el trabajo de niños y mujeres pueda suplantar al de los varones.⁴⁵

Las consecuencias políticas de este recubrimiento son la erosión de las formas organizativas del obrero de oficio, la descualificación del trabajo, la rutinización de las actividades laborales, que durante el siglo XX adquirieron un sostén técnico-organizativo con el *fordismo-taylorismo*.⁴⁶

Un segundo momento de esta subordinación real es la señalada en términos abstractos por Marx, cuando habla del protagonismo del trabajo social considerado como un hecho global,

Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la *voluntad orientada a un fin*, la cual se manifiesta como *atención*”. Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*

⁴⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

⁴⁶ Benjamín Coriat, *El taller y el cronómetro*, Madrid, Siglo XXI, 1991; y Antonio Gramsci, “Americanismo y fordismo”, en *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975.

por encima del trabajo individual en el interior del proceso de producción.⁴⁷ Esto, cuyos inicios ya se dieron en el siglo XIX, en las últimas décadas ha tomado dos dimensiones; la primera es una creciente socialización de la producción de las principales tecnologías de punta. Ya sea la elaboración de los microprocesadores de la investigación en biología molecular en aceleradores de partículas subatómicas, en inteligencia artificial, en semiconductores, etc., las condiciones materiales de invención y producción de estas ramas del conocimiento aplicado, en torno a las cuales giran el desarrollo de las modernas fuerzas productivas, sólo pueden ser ahora emprendidas por la acción conjunta de los centros de investigación de varias empresas, o por la asociación de los presupuestos estatales y ejércitos de científicos de varias naciones. La dimensión de la materialidad social requerida para emprender estas investigaciones, tanto en infraestructura (capital fijo), como en volumen de saberes y profundidad de los mismos (fuerza de trabajo especializada), ha vuelto obsoleto al antiguo investigador que solo, en el traspaso de su casa o el cubículo de la universidad, entregaba a la humanidad la utilidad de su invención.⁴⁸ Hoy día, el conocimiento científico y su aplicación tecnológica requieren del trabajo interunificado en redes de numerosos laboratorios y las inversiones de varios países, a fin de lograr avances significativos en el área estudiada. Se puede decir que estamos asistiendo a una radical elevación de la *composición orgánica* de los procesos de producción científica, que tienden a hacer reposar en la propia estructura social-mundial la posibilidad material de su continuidad y avance.

La segunda dimensión es la forma de una configuración del consumo material de la fuerza de trabajo, que prioriza la subordinación material del aspecto intelectual y creativo que contiene

⁴⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

⁴⁸ “El desarrollo del capital fijo indica hasta qué punto el saber social general, el conocimiento, se ha convertido en fuerza productiva directa y, por tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso social de vida se hallan sometidas al control del intelecto general y transformadas con arreglo a él”. Karl Marx, *Grundrisse*. Tomo II, *op. cit.*, p. 115.

esa fuerza de trabajo, por encima del meramente físico-muscular; y la cada vez más irrelevante significación del trabajo directo, aplicado en el proceso de trabajo en el producto, frente a la “fuerza productiva directa” del intelecto social general, del conocimiento, del cual el propio trabajo del obrero ya forma parte.

La importancia del desarrollo de esta tendencia, descrita luego con una lucidez asombrosa aun para nuestros días en los *Grundrisse*, radica en que “el trabajo en forma directa deja de ser la gran fuente de la riqueza”, pues el tiempo de trabajo *directo* del obrero aplicado (y explotado) en la producción, y el tiempo en el cual trabaja, potencialmente deja de ser la medida de esa riqueza, pues tiende a mostrarse como un “fundamento miserable” frente al campo de posibles materias que abre la presencia de la “fuerza productiva general” o intelecto social general. Tenemos por ello que el conocimiento se convierte en fuerza productiva directa o condicionante del proceso de producción, bajo tres formas históricas específicas: en cuanto máquinas o “potencias objetivadas del saber”;⁴⁹ en cuanto “combinación de las actividades humanas”⁵⁰ o nuevas formas de organización del trabajo;⁵¹ y en cuanto fuer-

⁴⁹ “La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, *electric telegraphs*, telares mecánicos, etcétera. Éstos son producto de la industria humana, materiales naturales transformados en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o para realizarse en ella. *Son órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre, la potencia objetivada del saber*”. *Ibid.*, p. 115.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 114.

⁵¹ Las distintas formas de regulación productivas “posfordistas”, y las modernas formas de articulación y subordinación de las actividades capitalistas hacia la economía doméstica, la producción artesanal, campesina y comunitaria, tienen como uno de sus ejes la reorganización de las formas de organización laboral. Ya sea sobre la base del trabajo en equipos y la polivalencia de los trabajadores (el *toyotismo*), la absorción de lazos, habilidades y culturas locales (industrialización difusa italiana), o de refuncionalización de saberes domésticos-comunales, de fidelidades parentales (Bolivia), el desarrollo de la acumulación capitalista implementa, junto a transformaciones técnicas del proceso de trabajo, diversas modificaciones en la interconexión e interdependencia de los sujetos laborales en un centro industrial, una zona, el país y el mundo. Véanse Benjamín Coriat, *Pensar al revés, trabajo y organización en la empresa japonesa*, México, Siglo XXI, 1995; Edward Goodman y Julia Bamford (comps.), *Small Firms and Industrial Districts in Italy*, London, Routledge, 1988; Joaquín Pedro López Novo, *El te-*

za de trabajo intelectual obrera o nueva forma del consumo de la fuerza de trabajo en la producción,⁵² que viene a redondear el sentido de las transformaciones técnicas y las variaciones organizativas del trabajo social. Lentamente, el “intelecto social general” se está postulando como la más importante fuerza productiva del trabajo social, y ello no simplemente como una más de las ramas de la división del trabajo; sino también en el hecho organizativo de la producción y en la mismísima forma de existencia social de la capacidad de trabajo obrera en el interior del proceso de trabajo.

Pero ésta es una contradicción inmanente al propio capital, pues ese miserable régimen se levanta precisamente sobre “el robo del tiempo de trabajo”.⁵³ En sí misma y para sí misma, la sociedad basada en el valor de cambio, en su afán de lucro, va engendrando, aunque de manera abstracta, las propias posibilidades de superar el valor de cambio como medida de la riqueza, esto es, el régimen del capital.

Mas esta potencia, tan evidente hoy en las ramas de la producción de punta (biotecnología, telecomunicaciones, microchips, etc.), viene siendo ahogada y retorcida sistemáticamente por los

rritorio como fuente de estructura económica y modo de regulación de la economía, Florencia, Instituto Universitario Europeo (IUE), 1988; Larissa Adler de Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI, 1985; Jürgen Golte y Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores, estrategias campesinas en la gran conquista de Lima*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1987; Jacques Godbout, *El espíritu del don*, México, Siglo XXI, 1987; Alejandro Portes, *En torno a la informalidad*, *op. cit.*; Silvia Rivera Cusicanqui, “Trabajo de mujeres. Explotación capitalista y opresión colonial entre las migrantes aimaras de La Paz y El Alto, Bolivia”, en Silvia Rivera (comp.), *Ser mujer indígena chola y birlocha en la Bolivia postcolonial de los años '90*, La Paz, Subsecretaría de Asuntos de Género, 1997; y Álvaro García Linera, *Comentarios críticos al texto de Silvia Rivera “Trabajo de mujeres”*, Chonchocoro, s.e., 1997.

⁵² Los tres ejemplos citados en la nota anterior apuntalan la absorción productiva del conocimiento social portado por los trabajadores: en el caso del *toyotismo*, a través del “involucramiento incitativo” del trabajador en la productividad empresarial; en el de las zonas de industrialización difusa, mediante la incorporación de conocimientos productivos de la población local en función de las industrias; en el último, mediante la conversión de los lazos de apoyo mutuo no-mercantiles en mecanismos de valorización del pequeño y gran capital.

⁵³ Karl Marx, *Grundrisse*, *op. cit.*

finés de la valorización del valor. Si bien se reduce la importancia del tiempo de trabajo directo en la producción de cada mercancía, esto es así porque ayuda a ampliar el tiempo de trabajo excedente del total de la jornada laboral, pues con menor tiempo de trabajo el obrero es capaz de reproducir la parte de su tiempo de trabajo que le es retribuido (salario). Si bien la máquina sustituye el tiempo de trabajo directo del obrero, actualmente lo hace para disminuir únicamente el trabajo manual simple, y absorber más tiempo de trabajo intelectual y muscular complejo. Si bien la máquina vuelve más sencillas las funciones activas del trabajo, en el capital lo hace para atomizar y fragmentar las condiciones materiales de organización obrera, y para llevar por medios técnicos el despotismo empresarial frente al trabajador.

En otros términos, el capital despliega las potencias del trabajo social sólo como abstracción, como fuerzas subordinadas y continuamente castradas por la racionalidad del valor mercantil. El que estas tendencias puedan salir a flote no es ya un problema del capital, que jamás, mientras exista, permitirá que afloren por sí mismas; es un problema del trabajo frente y contra el capital, a partir de lo que el capital ha hecho hasta aquí.

Hasta la propia crisis, que es el instante cuando con mayor intensidad se devela esta contradicción en movimiento llamada capital, cuando con inusitada violencia salen a flote las impotencias del capital, de no intervenir de manera agolpada la acumulación objetiva-subjetiva de autoconstrucción del trabajo ante el capital, esas crisis, estas impúdicas desnudeces de las impotencias de la lógica reproductiva moderna, devienen otras tantas fuerzas, que lo lanzan a devorar nuevamente el porvenir. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía?, se pregunta Marx: “De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos”.⁵⁴ Las fuerzas productivas del capital aparecen así como fuerzas destructivas de la humanidad, fuerzas destructivas que relanzan al capital a la conquista de nuevas zonas (subsunción

⁵⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

formal) y a la consolidación de las anteriores (subsunción real en un nuevo nivel, hasta alcanzar la propia fuerza de trabajo). La destrucción emerge así como coproducción de capital y, lo que desde el punto de vista histórico es manifiesta impotencia, aparece como potencia del capital, que la saca del fango.

No hay, por tanto, “ni desarrollo de las fuerzas productivas” ni crisis que prepare automáticamente el derrumbe del capitalismo;⁵⁵ lo que ellas hacen es, por sí mismas, acrecentar el espacio de realización del capital. Para que las fuerzas productivas funden las condiciones materiales de una nueva sociedad, para que las crisis lleven a la agonía a la civilización del valor, se necesita desplegar, dentro de ellas, de las fuerzas productivas y las crisis, las fuerzas de autoorganización del trabajo. Es decir, se necesita romper, a través de una acumulación convergente de rupturas, tanto corpusculares como totalizantes para la forma del desarrollo de las fuerzas productivas para y por-el-capital, y reconvertirlas en fuerzas productivas del trabajo; igualmente, se requiere que la crisis que saca a la luz las impotencias declaradas del capital sea simultáneamente la manifestación abierta del poderío del trabajo, reapropiado por el propio trabajo en estado de autoconciencia, de autoemancipación.

Precisamente ésta es una de las grandes debilidades históricas del trabajo en los actuales momentos que, a diferencia de lo que vivió Marx, se revela frente al capital como poderío pulverizado, reestructurado por el capital para sus fines. La revolución de 1848, la única revolución moderna hasta hoy donde el capital, aunque a escala continental en su medida,⁵⁶ vio la propia muerte cara a cara, pudo adquirir tal dimensión porque las larvarias resistencias, las silenciosas y abiertas rebeldías del trabajo en su proceso y a escala social, manifiestas como impotencias del capital para seguir subordinando al trabajo, como lo venía haciendo hasta

⁵⁵ Henrik Grossman, *La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1979; Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978.

⁵⁶ Jorge Veraza, *Leer nuestro tiempo, leer el Manifiesto*, México, Itaca, 1998 y, del mismo autor, *Crisis y desarrollo capitalista actuales*, México, UNAM, 1993.

entonces, tomó la forma de crisis económica y política generales, que abarcaron lo fundamental del espacio capitalista (continental hasta entonces). La crisis de producción, que inicialmente involucró a unas pocas ramas industriales inglesas, por las propias relaciones de interdependencia, se articuló en una sucesión encadenada de sucesos (aunque no simultánea) con las resistencias y las insurgencias del trabajo en el espacio circulatorio local y luego productivo-reproductivo del continente, dando lugar a que la crisis deviniera revolución.⁵⁷

La crisis puede ser vista inicialmente como un momento fragmentado de los emergentes poderíos del trabajo, que engendran como sumatoria cualificada un punto de bifurcación, a partir del cual el capital ya no puede reproducirse como lo hacía hasta entonces. El capital se manifiesta como impotencia, como incapacidad explícita de continuidad regular y, por tanto, en eufórica búsqueda de los nuevos patrones de docilización del trabajo. En este nivel de condensación social, el capital se encumbra como un flujo denso de explosivos antagonismos en estado de fluidez, pero también las fuerzas del trabajo, cuya insumisión comienza a producir contrafinalidades que se vuelcan contra él; éste es el caso del paro o la devaluación monetaria, tan propias de toda crisis, y que intentan incrementar la competencia obrero-popular en la obtención de sus condiciones de reproducción física. Éste es el instante en que la crisis se presenta como la preparación del relanzamiento del capital que, como un todo, pretende sobreponerse a las insolencias productivas y consuntivas parceladas del trabajo.

Eso se comenzó a vivir en Inglaterra y Europa desde 1847, y a una escala mundializada desde 1870. Pero esta crisis del capitalismo desembocará en revolución en la Europa de 1848, y fue posible poner en duda la vigencia, tanto del sentido social de los medios de trabajo, como del propio régimen del capital, porque esas disidencias del trabajo tuvieron la capacidad, no sólo de

⁵⁷ Eric Hobsbawm, *La era de la revolución*, Madrid, Labor Universitaria, 1988 y Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

interunificarse a nivel de múltiples ramas productivas, de sectores de la producción, de la circulación y el consumo, en fin, a nivel nacional, sino de entrelazarse embrionariamente a nivel continental, aunque bajo la forma de múltiples formas de identidad: obrera en Francia y en parte en Inglaterra; burguesa en Alemania y en Suiza; nacional en Eslovaquia, Hungría, Polonia, etcétera. El trabajo, con distintas maneras de agregación, propias o prestadas, se pondrá en movimiento ante el orden de cosas existente que, a esas alturas de la historia, a pesar de la presencia de relaciones productivas pre o semi-capitalistas, está bajo el dominio del capital.

Que esta acción social de insurgencia política pudiera darse, no fue antes, ni mucho menos ahora, una cuestión de mero agravamiento de las penalidades. Las masas no son los ratones o perros de Pavlov, que responden según la intensidad de los estímulos. De hecho, la revolución iniciada en 1848 alcanzó su cresta de ola cuando las dificultades económicas aminoraron.⁵⁸ La crisis se metamorfoseará en revolución porque en la experiencia colectiva de las masas trabajadoras se verterán, simultáneamente, un conjunto de experiencias de insumisión de larga data, que, al menos desde las revueltas de 1830 en Francia, van creando un terreno de disposiciones colectivas, de redes laborales de interunificación continental, de experiencias prácticas racionalizadas como sentido común actuante, que son detonadas y tensadas en el momento de los primeros estallidos revolucionarios de 1848 en París.

Hay una historia acumulada que (esto es decisivo) se exterioriza en las actitudes de un sujeto colectivo proletarizado (Francia) y en proletarización (Alemania, España, Italia), nacional y en nacionalización (Italia, Checo-Eslovaquia, Polonia) de larga data; esto es, de un sujeto social cuya estructura material de colocación lleva más de cincuenta años de expansión (desde la Revolución Francesa de 1789) y por tanto, es portador de una subjetividad colectiva capaz de reconocer en el accionar práctico de unos el accionar propio, y viceversa. Parafraseando al Marx de 1860,⁵⁹

⁵⁸ Karl Marx, “De mayo a octubre”, en *Nueva Gaceta Renana*, febrero de 1850.

⁵⁹ “Después de que la liga [de los comunistas] se disolvió en noviembre de 1852

existía la facticidad actuante de un “partido” del trabajo en el “gran sentido histórico de la palabra”, esto es, como movimiento de autoconstrucción colectiva del trabajo frente a los poderes dominantes (burguesía en Francia e Inglaterra; imperio absolutista en Austria, Rusia, Italia; nobleza terrateniente en Alemania, etc.); movimiento de autoconstrucción social que, a pesar de abarcar múltiples formas organizativas “efímeras” (ligas obreras secretas o públicas, *trade unions*, sindicatos, movimientos de autonomía nacional, periódicos, personalidades), era capaz de actuar como una red apenas se ponían en marcha rebeliones en algún lugar.

En cambio, la situación actual en el mundo desde 1970 es muy distinta. La crisis de sobreacumulación, que se manifestara inicialmente como crisis de la llamada forma de gestión *ford-taylorista* y del “Estado de bienestar” que lo acompañó,⁶⁰ tiene como raíz el cúmulo de disidencias, de indisciplinamientos y nuevas pretensiones de trabajo y de consumo que la masa laboral mundial, de manera dispersa, pero simultánea, comenzó a desplegar años atrás. La pretensión de superar estas trabas de valorización sobre la base de la sola intensificación de la forma de desarrollo tecnológico y organizacional anterior, sólo relanzó la crisis, pero ahora como tendencia decreciente de la tasa de ganancia, basada en una composición media histórica del capital y una forma de consumo de la fuerza de trabajo que había prevalecido desde los años cuarenta.

Como no podía ser de otra manera, desde entonces el capital ha buscado reestructurar sus relaciones materiales de poder

siguiendo una propuesta mía, no he pertenecido nunca, ni pertenezco, a ninguna asociación secreta o pública, ya que el partido, en este sentido totalmente efímero, ha dejado de existir para mí desde hace ocho años [...]. Al hablar del partido entendía el partido en el gran sentido histórico de la palabra”. “Carta de Marx a Freiligrath”, 29 de febrero de 1860.

⁶⁰ Enrique Palazuelos Manso (coord.), *Dinámica capitalista y crisis actual*, Madrid, Akal Universitaria, 1988; José Antonio Santín Moral y Henry Raimond, *La acumulación del capital y sus crisis*, Madrid, Akal Universitaria, 1986; Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1980; Pedro López Díaz (coord.), *Economía política y crisis*, México, UNAM, 1989; y Ricardo Gutiérrez Aguilar, *¿Adónde va el capitalismo?*, La Paz, Ofensiva Roja, 1990.

sobre el trabajo para superar esta crisis. Para ello, ha procedido a diversas medidas que hoy son conocidas como “reformas neoliberales”:

a) *Desmantelamiento del Estado de bienestar*, con el consiguiente desconocimiento arbitrario de los pactos entre patrones, Estado y parte de la fuerza de trabajo organizada en sindicatos. Drástica reducción del precio de la fuerza de trabajo a través del debilitamiento o extinción de la seguridad social y el empleo seguro.

b) *Adelgazamiento material de los grandes centros industriales*; fragmentación de la producción para desconcentrar la fuerza de trabajo costosa, y peligro, por su sola concentración geográfica. Producción en red y mundialización del proceso de trabajo inmediato.

c) *Violenta campaña contra las estructuras tradicionales de la fuerza de trabajo*, especialmente sindicales, pero también de la vida barrial y cultural.

d) *Redoblado disciplinamiento del trabajo* a los cánones del comportamiento individualizado y en términos de la propiedad; ciudadanización por la vía de la convocatoria atomizada del contribuyente (propietario individual de algo).

e) *Desconocimiento de las estructuras colectivas de trabajadores* (sindicatos, asociaciones, etc.) como interlocutores válidos ante el Estado. Disolución de las formas de ciudadanización (adquisición de derechos públicos) a través del sindicato. Gigantesca ofensiva para monopolizar, en los partidos y en el ritual electoral, las formas de gestión política legítimas. La globalización de una pseudodemocracia, que simula mediar entre sociedad civil y Estado.

f) *Modificación de las formas de organización del trabajo* en la producción, circulación y distribución de mercancías: involucramiento obrero en la calidad de los productos (círculos de calidad, vigilancia entre obreros); polivalencia laboral, quiebre de las tradicionales maneras de ascenso por antigüedad.

g) *Tendencial variación en la forma de consumo de la fuerza de trabajo*: creciente sustitución del valor de uso de capacidad de

trabajo, definida en términos de fuerza muscular, y priorización del otro componente orgánico de la fuerza de trabajo, de la capacidad intelectual y comunitaria dentro del proceso de trabajo.

h) *Innovación tecnológica*, capaz de objetivar estas modificaciones sociales en el movimiento maquina de los medios de trabajo. Robotización y cibernización de muchas de las actividades laborales tradicionales.

i) *Refuncionalización* de técnicas, de estructuras laborales, de formaciones comunitarias, de saberes y esfuerzos laborales no-capitalistas, hacia la acumulación capitalista. Subordinación congelada de las fuerzas laborales de comunidades agrarias, de las unidades domésticas urbanas, de las comunidades urbanas, de las relaciones de parentesco, del prestigio, de las fidelidades religiosas y locales, en función de la valorización de ramas estrictamente capitalistas (industriales, comerciales y financieras). Complejización de la identidad material del trabajo.

j) *Nueva división mundial del trabajo*.

k) *Búsqueda de una nueva composición orgánica del capital a escala planetaria e histórica*, que condense materialmente y, supedita el trabajo organizacionalmente al capital capaz de impulsar una nueva ola de expansión planetaria del capitalismo.

Cada una de estas modificaciones, donde han acontecido, han provocado renovados procesos de resistencia, pero con una cualidad social muy distinta a los descontentos y luchas de hace 130 años.

En primer lugar, se trata de luchas meramente defensivas, o lo que es lo mismo, ancladas en un horizonte definido por el pasado. Las rutas por las que las abundantes y dispersas resistencias laborales han sido encauzadas están marcadas por una actitud evocadora de los antiguos pactos, de las antiguas prebendas sociales, que no eran otra cosa que formas histórico-particulares del propio dominio del capital. Al reducirse a una querrela por el regreso al *statu quo*, las luchas de resistencia desnudan un conservadurismo, entendible pero fatal, sino además desfasado, desde el momento en que se elogia una situación de sometimiento, que los

propios dominantes han desechado por obsoleta. Los fantasmas de los muertos comprimen el cerebro de los vivos, que añoran un pasado desvanecido y rebasado por la arrogancia práctica de los verdaderos usufructuarios. Es cierto que en este acto de reminiscencia histórica hay una defensa de lo poco poseído, pero eso es precisamente lo que lo convierte en drama, por cuanto se trata de una añoranza deliberada de la opresión anterior, refrenada por los derechos adquiridos y reivindicados. De una manera extraña y desconcertante, el esclavo vuelve sobre la huella de sus cadenas, para reivindicarlas como programa, y al hacerlo, entrega voluntariamente las banderas de la reforma a quienes precisamente encarnan su negación.

Ante esta mirada, el porvenir es una parálisis, peor aún, un regreso. La actitud propositiva de las plebes insurrectas, tan propia de las revoluciones, aquí es sustituida por el temor atrincherado a perder sus antiguas cadenas. El mundo no se presenta como un mundo por ganar, sino como un mundo por rechazar y conservar tal como nos fue dado. No hay una sumisión buena, que conduzca a la emancipación, y eso lo viven trágicamente las fuerzas del trabajo, que ven con pasmo cómo “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Shakespeare); mas no faltan los aduladores que encumbren el sometimiento popular en nombre de una revolución ideal, que juega con los delirios de las estrechas mentes de puñados de sectas confesionales autotituladas “vanguardias”.

Llegadas a este punto de abandono de una iniciativa histórica, las resistencias, en vez de interconectarse y expandirse, se contraen, pues de lo que se trata es de preservar frente a los demás, ante los poderosos y ante otros (mayoritarios) sectores subalternos desprotegidos, los pequeños privilegios conseguidos con anterioridad. La resistencia se metamorfosea en competencia intralaboral, entre los que aún poseen un poco y lo quieren defender para sí, y una nueva inmensa masa laboral carente de beneficios.

La suma de resistencias locales no alcanza entonces un punto de bifurcación que las integre; todo lo contrario, cada nueva resistencia vuelve a atomizar el campo de las luchas laborales. La moderna fragmentación material de la producción hallará

en todo esto su correlato organizacional e intersubjetivo, dando lugar a que prevalezca ese individualismo apriorístico dentro de los propios sectores populares, que no es otra cosa que su constitución social en términos de propietarios-mercaderes privados. La lucha ya no se presenta, por tanto, como una construcción social expansiva, sino como un “encuevamiento” corporativo; se trata de una “lucha contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia”, como hacen ciertos estamentos medios que, por su contenido, desde el punto de vista del *Manifiesto comunista* “no son revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias porque pretenden volver atrás la rueda de la historia”.⁶¹ La inmensa mayoría de las luchas de los obreros sindicalizados, del magisterio y los distintos sectores corporativamente reconocidos por el antiguo Estado benefactor, y que actualmente son golpeados por el Estado neoliberal, desde hace casi dos décadas llevan este recorrido y ese sino fatal de derrota prolongada.⁶²

Que esto suceda de la manera en que lo hace, habla ciertamente de una acentuada conciencia conservadora, de una arraigada disposición práctica de las más importantes fracciones sindicales del proletariado mundial a reactualizar una lucha ante el capital, concebida como mero regateo de concesiones y derechos para la

⁶¹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 120.

⁶² En el caso de la Central Obrera Boliviana (COB), el problema de sus estrategias de lucha no radica en que no tiene una “cultura del consenso”, como afirma toda una corriente de escritores cortesanos (Lazarte, Toranzo, Mayorga). Las limitaciones de su accionar social, y el que hoy aparezca casi como un cadáver, radica precisamente en ese apego a los pactos y los sobornos sociales que dieron lugar al Estado del 1952, y que caracterizan toda su actitud frente al Estado. Pese a los muertos, las persecuciones, los exilios y la radicalidad de los discursos, en el fondo la COB, los sujetos colectivos fusionados como sindicato a escala nacional, jamás, a no ser en la rabia cerrada de excepcionales momentos como abril de 1952 o julio de 1980, pusieron en duda el papel gobernante y mandante de unas elites letradas que hasta hoy han heredado endogámicamente las técnicas del poder político y económico. Pese a la sangre, la COB siempre vio en el Estado una institución a quien demandar, pedir, exigir, porque siempre se consideró a sí misma como sujeto mandado, y sus luchas, como un ritual de una economía de derechos y concesiones negociada en las calles, mas nunca cuestionada en el fondo.

subordinación. Este *habitus*, labrado por los sobornos estatales del Estado benefactor y sus pequeños cachorros partidarios, es, no cabe duda, la sustancia con la que se moldeó la “acumulación en el seno de la clase” (Zavaleta), pero que ahora se desvanece paradójicamente por iniciativa prepotente del propio capital, que no requiere ni busca pactos sociales para distribuir el disminuido excedente social.

En segundo lugar, y también a diferencia de lo que aconteció con la revolución de 1848, la crisis general actual no descansa en las espaldas de una forma de proletarización social ascendente, como en los años cuarenta del siglo pasado, sino en el desmantelamiento de la existente y el proyecto de erigir una nueva forma histórica de esa proletarización social. La crisis económica contemporánea no reposa en fracciones laborales imprescindibles para el programa de desarrollo del capital, como lo fue el siglo pasado (industria manufacturera en textiles, acero, obreros de oficio), sino en el desmantelamiento o inferiorización de las ramas productivas anteriormente más importantes y más organizadas del proletariado (automóviles, siderurgia, carbón, petróleo, etc.), y el repunte privilegiado de nuevas ramas industriales construidas sobre los hombros de un proletariado *nuevo*, desorganizado, carente de experiencia asociativa, en feroz competencia interna (industria electrónica básica, telecomunicaciones, industria aeroespacial, etcétera).

El proletariado históricamente ascendente (esto es imprescindible para llevar adelante los proyectos de reorganización del capital) no es ni el proletariado tal como estaba organizado hasta hoy, ni, esto es lo peculiar, un proletariado asentado en las ramas tradicionales de la antigua expansión del capital. Lo primero, de hecho explica el sentido empresarial de cualquier crisis: la búsqueda por erosionar y doblegar modos de autoorganización, de resistencias peligrosas del trabajo ante el capital y, por tanto, la necesidad de reestructuración técnico-organizativa de las modalidades de ejercicio de las antiguas actividades productivas. Esto viene aconteciendo desde los años sesenta, a través del llamado

posfordismo, la industrialización difusa y otras modalidades de gestión productiva que se innovan a nivel planetario.

Lo segundo, en cambio, va más allá de la simple modificación de la estructura interna de los procesos laborales en las antiguas ramas; la presupone, pero ante todo, modifica los propios fundamentos materiales e históricos de la proletarización social, al reestructurar el funcionamiento de la economía global, de las economías locales, de las ramas industriales y de la colocación estructural del proletariado, más sus gradaciones internas, a partir de la apertura expansiva, tecnológicamente dirigente, y económicamente dominante, de ramas laborales y formas de consumo de la fuerza de trabajo diferentes a las que hasta ahora habían existido.

No sólo estamos ante una reorganización de las condiciones de trabajo del proletariado; también se despliega ante nuestros ojos el surgimiento de un nuevo tipo de proletariado, de una nueva vinculación entre las actividades laborales mundiales, eso es, una nueva forma de relacionarse entre los trabajadores a escala planetaria que modifica las hasta aquí labradas y, con ello, estamos presenciando una manera distinta de vinculación de las actividades formalmente subsumidas al capital mundial, con las ramas económicas (productivas, circulatorias y financieras) realmente subsumidas al capital.

La estructura material del trabajo y del capital se reconfigura ante nuestros ojos, y con ello, la propia estructura material de la constitución del trabajo, del trabajo asalariado y de la clase obrera. Esto, que hemos de denominar un nuevo tipo de la formación histórico-material de la proletarización social, es lo que conspira para que esta crisis se dé bajo el manto de estupor político del trabajo, de desapasionamiento, de encadenamiento interrumpido, ya no de interunificaciones, sino de fragmentaciones que arrastran tras de sí las contadas reunificaciones del trabajo que por acá o por allá emergen de vez en cuando. Entender las renovadas maneras de la constitución de las clases sociales en la sociedad contemporánea, de sus escisiones y fusionamientos históricos es precisamente otro de los espacios de vigencia actualísima del *Manifiesto comunista*.

3. ¿QUIÉNES SON BURGUESES Y PROLETARIOS? LAS LUCHAS DE CLASES, Y LUEGO ENTONCES LAS CLASES SOCIALES COMO MOVIMIENTO ESTRUCTURAL

A. BURGUESES Y PROLETARIOS

*La historia de todas las sociedades hasta nuestros días
es la historia de las luchas de clases.*

Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, p. 111.

Con esta frase contundente Marx abre el primer capítulo del *Manifiesto*. El objetivo es claro: se trata de mostrar que las diferencias y antagonismos sociales que emergen en la actualidad no son exclusivos de la época de la redacción del *Manifiesto* sino que, bajo modalidades y densidades distintas, se han dado en otros momentos históricos conocidos hasta entonces y que los habremos de encontrar en cualquier recorte que hagamos de la sociedad capitalista.

Respecto a la lucha de clases en sociedades anteriores a la capitalista, en una nota de 1888, Engels aclara que estas divisiones sociales surgieron cuando se desintegraron las primitivas formas de organización comunales, cuya existencia prácticamente no se conocía en 1848.⁶³

Actualmente existe publicado un abundante material donde Marx, después de la redacción del *Manifiesto comunista*, estudió las estructuras comunales agrarias en distintas partes del mundo,⁶⁴ y también una extensa discusión al respecto, además de

⁶³ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.* En *La ideología alemana*, a propósito de la división del trabajo, ambos autores desarrollan un primer acercamiento a diversas formas de propiedad, desde la antigüedad (tribu, propiedad antigua, feudal) hasta hoy.

⁶⁴ Karl Marx, “Formas que preceden a la producción capitalista”, en *Grundrisse*, *op. cit.*; “Sobre el colonialismo”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 37, 1973; “El porvenir de la comuna rural rusa”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No.

estudios etnohistóricos⁶⁵ sobre la realidad comunal en la época de la expansión del capitalismo en el mundo.

Sin embargo, son importantes dos aclaraciones sobre el tema. Una es el estudio de las formas productivas comunales arcaicas,⁶⁶ donde las relaciones de poder sociales no toman la forma de polos escindidos y con sus propias reglas de autorreproducción; y la otra es el estudio de formas comunales arcaicas y modificadas como comunidades agrícolas,⁶⁷ pero inscritas en un contexto más amplio de flujos de fuerzas sociales contradictorias, claramente condensadas en estructuras de perpetuación de las diferencias delimitadas. La primera corresponde a una época extremadamente remota y aún poco estudiada, por las dificultades que implica remover las innumerables losas de la historia pasada hasta llegar a esos periodos. La segunda, en cambio, corresponde a la presencia de estructuras comunales que, por una parte, se definen frente a una *sociedad mayor* configurada como Estado despótico, Estado colonial o Estado capitalista y, por otra, presentan estratificaciones sociales internas que se intensifican ante las extorsiones de las sociedades mayores que las dominan.

En este segundo caso, que es el que corresponde a nuestra realidad, significa que, frente al conglomerado social dominan-

90, 1980; *Cuadernos Kovalevsky*, La Paz, Ofensiva Roja, 1989; Lawrence Krader (ed.), *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Madrid, Pablo Iglesias y Siglo XXI, 1988; Friedrich Engels, "La marca", en *La guerra campesina en Alemania*, Moscú, Progreso, 1981.

⁶⁵ Lawrence Krader, *The Asiatic Mode of Production*, Amsterdam, Van Gorcum, 1975; Karl Wittfogel, *Oriental Despotism*, New Haven, Yale University Press, 1963; Alexander Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974; Bronislaw Malinowski, *Argonautas del pacífico occidental*, Barcelona, Ediciones 63, 1973; Marcel Mauss, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1973; Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Madrid, Siglo XXI, 1998; John Murra, *La organización económica del Estado inca*, México, Siglo XXI, 1978; Marshall Sahlins, *La economía de la edad de piedra*, Madrid, Akal Universitaria, 1977.

⁶⁶ Karl Marx, "El porvenir de la comuna rural rusa", *op. cit.*

⁶⁷ Véanse Karl Marx, "Formas que preceden a la producción capitalista" en *Grundrisse*, *op. cit.*; "El porvenir de la comuna rural rusa", *op. cit.*; y *Cuaderno Kovalevsky*, *op. cit.*

te, los miembros de la comunidad se definen como clase porque, en términos de sus condiciones de vida, de vínculos económicos consistentes, de actitudes culturales y políticas, su campo de posibilidades —además de ser distinto al campo de posibilidades materiales definido por el de los sectores poseedores del poder estatal prevaleciente, de la actividad económica dominante y la cultura legítima—, se hallan en relaciones de subordinación, de sometimiento frente a ellas. Los miembros de una comunidad, en cualquiera de sus formas y por sus vínculos ineludibles frente a estructuras sociales mayores y dominantes son, por tanto, clase social; y las formas de llevar adelante o de impugnar estos vínculos respecto a la sociedad económica, política y culturalmente dominante no harán más que consagrar ésta, su posición de clase.

Que estos miembros de la comunidad no sean una clase “clásica” de la sociedad moderna no elude su existencia histórica. Sólo los beatos del texto pueden pretender hacerla encajar en las “clases” prescritas por una “sagrada escritura”.⁶⁸ Frente a este idealismo vulgar, que pretende explicar la Historia adecuándola al concepto, Marx ha de reivindicar la Historia como lugar desde donde debe nacer el concepto como manera de volver inteligible su devenir.⁶⁹ Y si bien es cierto que en el *Manifiesto* Marx no habla de la comunidad, no es porque ella no exista sino, como lo aclara Engels, porque para entonces era desconocida, por la ausencia de estudios sobre el tema. Cuando en los años cincuenta Marx se sumerge en una investigación más profunda para entender el surgimiento y la función del dinero, revisa la bibliografía sobre sociedades no mercantiles y la trabaja en el primer borrador de

⁶⁸ Tómese en cuenta aquí la bochornosa clasificación que durante décadas han intentado realizar teóricos pseudoizquierdistas, a fin de convertir a comunarios en campesinos parcelarios o pequeño burgueses, a mitayos y yanaconas en esclavos, etcétera.

⁶⁹ Karl Marx, “Introducción general a la crítica de la economía política/1857”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 1, 1987. Véase también “Carta a la redacción de *Otiéchestviennie Zapiski*” (1877), en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 90, 1980.

El capital.⁷⁰ Más aún, cuando Marx se lanza a investigar cómo es que la racionalidad capitalista avanza en la subordinación del mundo a la forma productiva social del valor (inicio de las acumulaciones originarias en muchas regiones del globo), la importancia, como resistencia y potencialidad revolucionaria de las estructuras sociales existentes en las “extremidades del cuerpo capitalista”, será un elemento que atravesará todo su pensamiento, llevándolo a crear nuevas categorías, que den cuenta de esta exuberante realidad social.⁷¹

Una conceptualización mucho más precisa y completa, coetánea de las relaciones capitalistas y formas comunales modificadas pero supeditadas al capital, como sucede desde mediados del siglo XIX en todo el mundo, la encontraremos en *El capital* con las categorías de “Subsunción formal y real de los procesos de producción, circulación y consumo al capital”.⁷² Incluso, Marx avanzará en una caracterización más rigurosa sobre un tipo de colonialismo contemporáneo, a partir, precisamente, no de la subordinación del proceso de trabajo inmediato, que supone ya una cierta homogeneización mercantil de las relaciones laborales y culturales de la sociedad, sino de la subsunción general de los procesos de producción y circulación social al capital comercial,⁷³ que supone una cualidad no mercantil del proceso de trabajo inmediato (comunal o pequeño-campesino), pero sin una incorporación creciente al circuito mercantil de la esfera de la circulación y el consumo local. En este caso, diríamos entonces que este tipo de colonialismo, más que una realidad cultural, sería ante todo una realidad reproductiva; esto es, fundada en el nivel de la estructuración de las condiciones de reproducción social-natural, de un espacio social delimitado. La cualidad del colonialismo,

⁷⁰ Karl Marx, *Grundrisse*, *op. cit.*

⁷¹ Por ejemplo, el concepto de “comuna asiática”, “comuna germánica”, etc., en los *Grundrisse*, que luego, con una mayor información etnográfica dará lugar, en los “Borradores a Zasúlich”, a los conceptos de “forma comunal arcaica”, “comunidad agraria” y sus diversos tipos.

⁷² Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, caps. VII y XXII. También el capítulo VI (inédito).

⁷³ Karl Marx, *El capital*. Tomo III, *op. cit.*

en general, y del “colonialismo interno”,⁷⁴ en particular, vendría dada inicialmente por la supeditación formal de las relaciones sociales de las estructuras comunales al capital y, por tal motivo, simultáneamente, por la constitución de los miembros de la entidad comunal en clase respecto a las clases sociales que configuran la realidad capitalista externa que los engloba. Los problemas para la formación de la identidad de clase, que en este espacio es una identidad intercomunal o supracomunal, son similares al resto de las clases subalternas en cuanto a superar la fragmentación social que, aquí, no sólo es promovida por el dominio externo del capital, sino que es fomentada por la propia identidad comunal local asentada en las relaciones parentales (consanguíneas y rituales). Sin embargo, la acción conjunta, aunque inicialmente sólo a nivel local, se halla a su vez potenciada por las mismas características de la comunidad, que presupone prácticas productivas y culturales emprendidas en común como basamento procesal de su propia identidad histórica.

Pero no sólo es el contexto social externo (relación de fuerzas), que domina las estructuras comunales contemporáneas, el que lleva a definir a los miembros de la comunidad como parte de una clase social, sino que las propias relaciones internas en la comunidad, entre sus miembros, bajo estas condiciones tienden a ir perfilando la constitución de clases dentro de la propia comunidad. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a las llamadas “autoridades originarias”⁷⁵ o estirpes, donde está depositada la legitimidad de la autoridad comunal; a las mujeres, cuando su situación frente a

⁷⁴ Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América latina”, en Ernest Feder (comp.), *La lucha de clases en el campo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

⁷⁵ Tristán Platt, “Pensamiento político aimara”, en Xavier Albó (comp.), *Raíces de América: el mundo aimara*, Madrid, Alianza y Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), 1988; John Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975; Reiner Zuidema y Manuel Burga, *Reyes y guerreros: ensayos de cultura andina*, Lima, Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales (Fomciencias), 1989; Karen Spalding, “Huarochiri: an Andean Society under Inca and Spanish Rule”, en Claudia Rosas Lauro, *El miedo en el Perú: siglos XVI al XX*, Stanford,

la gestión de las condiciones de vida queda claramente diferenciada de la del varón; o a aquellos comunarios que incursionan en actividades mercantiles urbanas, como la venta de fuerza de trabajo, la venta creciente de productos, la participación en el comercio, etcétera. Estos “diversos estamentos” o “múltiple escala gradual de condiciones sociales”, tal como empieza a definir a las clases Marx, dentro de la propia comunidad tornan complejas las particularidades de la clase comunal, pues nos muestran varias clases en proceso de formación, a partir de la lenta disgregación comunal. La formación de una clase campesina pobre (semiproletariado), clase campesina media y rica,⁷⁶ es la ruta más probable (no inevitable) de esta desintegración de la estructura comunal, que puede durar décadas o siglos, como en Bolivia. Cuando esta conformación en diversas clases sociales culmina, la comunidad agraria se ha extinguido. Mientras tanto, donde existen formas sociales comunales, la clase comunal se subdivide en varias subclases, que combinan de una manera híbrida y tensa ésta, su raíz comunal, con posicionamientos campesinos y mercantiles.

Con todo, los miembros de la comunidad que aún no han sido objeto de procesos de estratificación social radicales e irreversibles no forman parte de una clase ni burguesa ni proletaria ni pequeño burguesa, en la medida en que, en la comunidad, los medios de trabajo ni son propiedad privada en el sentido mercantil del término,⁷⁷ ni el trabajo es concentrado como mercancía, ni mucho menos su incorporación al proceso de trabajo se da para

Stanford University Press, 1984; Roger Rasnake, *Autoridad y poder en los Andes*, La Paz, Instituto de Historia Social Boliviana (HISBOL), 1989.

⁷⁶ Friedrich Engels, “La guerra campesina en Francia y Alemania” (1850) y “Contribución a la historia del campesinado prusiano” (1885) en *La guerra campesina en Alemania. El problema campesino en Francia y Alemania*, (1894), Moscú, Progreso, 1981; Karl Kautsky, *La cuestión agraria*, México, Siglo XXI, 1975; Vladimir Lenin, “El desarrollo del capitalismo en Rusia”, en *Obras completas*. Tomo III, México, Salvador Allende, 1982; Mao Tse-Tung, “Análisis de las clases de la sociedad china” e “Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Junan”, en *Obras escogidas*. Tomo I, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976.

⁷⁷ Claude Meillassoux, *Terrains et théories*, Paris, Anthropos, 1977.

valorizar el valor, ni existe un sometimiento del medio de trabajo sobre el trabajador directo.

En las formas comunales, los medios de trabajo son *propiedad individual* o patrimonio común de las unidades domésticas (tierras de cultivo) por separado o en conjunto (tierras de pastoreo); la fuerza de trabajo es agrupada mediante la activación de circuitos de parentesco y de reciprocidad de los esfuerzos diferidos en el tiempo, mientras que las herramientas permanecen bajo soberanía procesal de los productores directos, al igual que las pocas o muchas técnicas comunales de trabajo necesarias para la reproducción comunal.

¿Cuál es el destino histórico de esta “clase comunal”? Esto dependerá del curso aleatorio de la propia historia de las luchas de clases, frente a la cual la prescripción de una ruta obligada no pasa de ser una majadería de profetas decadentes o el exabrupto de una filosofía de la historia cuyo defecto “reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica”.⁷⁸ La comunidad no está condenada a desaparecer, aunque éste sea su camino más probable; también puede ser el punto de partida de una renovación general de la sociedad, en la medida en que la propia sociedad moderna tiende también, tal como lo hemos visto, como contrafinalidad de su progreso, hacia formas superiores y universalizadas de vida comunal. Esta *posibilidad* estará signada por la presencia a escala nacional de la comunidad agraria, coetánea de las adquisiciones del trabajo social creadas y reprimidas por el capital. De hecho, en países como los latinoamericanos, a estas alturas, la posibilidad de una auténtica insurgencia contra el dominio del capital resulta impensable al margen de la clase comunal y de su lucha por universalizar la racionalidad social comunal que la caracteriza.⁷⁹

⁷⁸ Karl Marx, “Carta a la redacción de *Ottechestviennie Zapiski*”, *op. cit.*

⁷⁹ “La libre individualidad fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad comunitaria, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio [...]. La producción social [...] está subordinada a los individuos y controlada comunitariamente por ello como un patrimonio [, es un] libre cambio entre individuos asociados sobre el fundamento

Es claro, entonces, que las definiciones juristicistas de las clases, tan propias de los manuales y los panfletos, son una auténtica barrera epistemológica para entender las estratificaciones sociales no-capitalistas. Aún más, la propia complejidad que adoptan las clases definitorias del régimen del capital son imposibles de entender a partir de esas caracterizaciones leguleyas o tecnicistas que se le atribuyen al marxismo.

Una primera aproximación a la noción de clase sería que ésta se define “por la posición que guardan las personas con los medios de producción” que la sociedad posee en un momento dado, en particular, básicamente por la “propiedad” o no propiedad que se tiene hacia ellos. Ahora bien, ¿qué es lo que se sostiene cuando se dice que las “clases” se establecen por la propiedad o no propiedad de los medios de producción? Que las clases son una consecuencia de específicas relaciones económicas; peor aún, que las clases son un subproducto de las relaciones de propiedad, con lo que se reduce el conocimiento de las clases a un asunto de legalidad local que se consagra, así como el “discurso imparcial”, elevado por encima de las conflictividades sociales y ecuánime dirimente de ellas. No es pues inusual que este tipo de “definiciones” se incuben en las escuelas forjadoras de funcionarios y burócratas de Estado.

Leyes, códigos, formas de propiedad, muy a pesar de sus custodios y sus adoradores, no preceden a la configuración conflictiva de la sociedad, son su convalidación escrita, la síntesis cristalizada de ambiciones e imposiciones colectivas querelladas en torno al mundo de la riqueza. La propiedad, en cualquiera de

de la apropiación y del control comunitario de los medios de producción”. Karl Marx, “El dinero como relación social”, en *Grundrisse*, *op. cit.*

En la traducción de Siglo XXI, las palabras *gemeinschaftlich* y *gemeinsam* que corresponden a *comunitariamente* y *comunitario*, han sido traducidas como *colectiva* y *común*, definiciones que empalidecen la clara distinción que hace Marx entre *Gesellschaft* (sociedad fundada en lazos abstractos) y *Gemeinschaft* (comunidad fundada en lazos productivos y directos). Igualmente, en *La ideología alemana*, Marx y Engels hablarán del comunismo como “la comunidad de los proletarios revolucionarios que toman bajo su control sus condiciones de existencia”. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, *op. cit.*

sus categorías, se ejerce tanto como supresión de otras formas de propiedad, como exclusión de potenciales propietarios; es la legitimación de un poder de control y de un poder de uso por parte de determinados miembros de la colectividad, y de la *inermitad* institucionalizada ante esos poderes por parte de otros miembros.

La propiedad en cualquiera de sus formas es, desde su inicio, la consagración y la ambición de perpetuidad de un inconfesable antagonismo social por el control y el poder sobre los medios de vida existentes. La propiedad sobre algo no es sólo la relación de una persona con un objeto, es la ubicación en un espacio de sórdidas belicosidades entre las personas, al mismo tiempo que ella misma es la beligerancia social en movimiento. De aquí que la propiedad jurídica deba ser vista como un efecto hipócritamente apoloético de las clases (de su lucha).

El que uno pueda adscribirse formalmente a tal o cual relación social, por medio de la relevancia o elección de tal o cual propiedad jurídica sobre tal o cual medio de producción, no debe hacernos olvidar la carga o programa social que tiene el objeto de propiedad, independiente y previamente al propietario y, por otro lado, el conjunto de prácticas e intenciones que el propietario se ha de ver compelido a ejecutar para convalidar el sentido de “su propiedad”. La propiedad por sí misma sólo establece una soberanía abstracta sobre el objeto de propiedad; la realidad de la propiedad es el modo del ejercicio de la soberanía y en contra de quienes se la reivindica; esto es, las divisiones y jerarquizaciones sociales que la anteceden y la explican.

Cuando se ha pretendido explicar las clases sociales por las relaciones de propiedad, lo que se ha hecho en realidad es invertir y mistificar la problemática de las clases, pues se toma como origen lo que en sentido estricto es el resultado, con lo que la crítica radical de la división social en clases es sustituida por una crítica juricista de las formas de propiedad. Si alguna verdad sobre las clases tiene la propiedad, es el ser un momento del movimiento antagonizado de ellas en un momento histórico dado.

En tal manera de ver las cosas hay un cierto halo ahistoricista. Parecería que las personas, medios de producción y diversas “re-

laciones” (o combinaciones, como prefieren llamarlas algunos), existieran unas independientemente de otras y cuya mezcla, periódicamente distinta, vendría a estructurar las diversas clases sociales. Lo inaceptable de esto es que convierte la disección analítica de la realidad pensada en la representación de conjunto de esa realidad. Los medios de producción, aun en su corporeidad física, no son más que una manera que tienen las personas de vincularse entre sí y con la naturaleza a través de las cosas, por lo que no es sólo el modo del uso, sino el sentido del uso y la propia certeza material del uso, lo que es un programa de intencionalidades y confrontaciones sociales.

Las personas, por su parte, son la más plena sustancia social viva, que desde que nacen cargan como significado de su existencia las misiones de la época de la sociedad que las cobija, por lo que no tiene sentido referirse a un periodo primigenio de las personas que concurren inocentemente al encuentro con los llamados medios de producción, de donde nacerían las modalidades encendidas o atenuadas de las divergencias sociales. Las personas y el modo de acontecer de las cosas, de los objetos, son conflictividad y confrontación en movimiento incesante; han nacido de antagonismos, son ellos mismos antagonismos en estado de fluidez y se deben en el futuro a esa confrontación para superarla por otros antagonismos o para perpetuarlos. Las personas y las cosas tienen existencia social, por y con la marca maldita de estas sórdidas batallas y agresiones sociales, por lo que no tiene ningún sentido hablar de personas que anteceden a las clases, ni de antagonismos que las preceden. Los tres momentos son momentos de una misma realidad.

¿Cuál sería entonces el concepto de clase que permitiría dar cuenta de la complejidad de la estructura social contemporánea, incluida la de las formas comunales, subsumidas formalmente por el capital? Revisemos la que nos propone Marx en el *Manifiesto*. Cuando él nos habla de la burguesía, no la define en términos jurídicos de propiedad,⁸⁰ sino en tanto movimiento histórico, co-

⁸⁰ Engels, en su nota aclaratoria de 1888 procede, a nuestro juicio, a una simplifica-

mo actividad productiva, política y cultural que adquiere ciertas intenciones, que toma ciertas posiciones respecto a las condiciones de realidad material de esas prácticas económicas, políticas y culturales. Ya sea como vecino libre organizado en gremio, como “estamento medio industrial” o como “industriales modernos”, que personifican los distintos momentos del desarrollo burgués europeo, su “enclasmamiento” viene dado por procesos prácticos, en tres niveles de la realidad social que van estructurando el concepto de burguesía:

a) *A nivel económico*: inicialmente, la producción gremial urbana que abastece bienes mercantiles.⁸¹ Luego como flujo de intercambios, bajo la forma de mercancía, despertados por la apertura de mercados con China, la India y las colonias americanas;⁸² el trabajo deviene también mercancía.⁸³ Posteriormente, como división del trabajo al interior del taller, en vez de la división del trabajo entre corporaciones gremiales,⁸⁴ es el inicio del despotismo industrial, que empieza a disciplinar al trabajo como trabajo asalariado.⁸⁵ Después, la revolución tecnológica, que se apodera de la realidad técnica de la producción, permite la expansión propiamente industrial del capital al resto del mundo, la concentración de la propiedad y el desarrollo del mercado mundial, arraigando así materialmente la interdependencia mundial del

ción del concepto de clases sociales, sobre la cual se levantarán posteriormente diversas interpretaciones reduccionistas. Sin embargo, aun en esta simplificación “engelsiana”, la definición de clases sociales menciona, además de la propiedad, el empleo de trabajo asalariado, en el caso de la burguesía. Para el proletariado, además de su carencia de los medios de producción, se menciona la venta de fuerza de trabajo como único modo disponible de existir como trabajador y ser humano.

⁸¹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 112.

⁸² *Ibid.*

⁸³ *Ibid.*, p. 117.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 112.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 117.

trabajo;⁸⁶ pero simultáneamente, convirtiendo al obrero en un apéndice de la máquina.⁸⁷ Por tanto, doble subsunción: por un lado, del trabajo mundial al capital, a través de la generalización de la producción capitalista a los demás países del globo, interconectadas por el mercado mundial que las precedió y que ahora aparece como un producto industrial más. Por otro, por la supe-
ditación tecnológica del trabajo en la propia producción.

b) *A nivel político*: de estamento dominado por la pelea autónoma por sus intereses frente a las antiguas clases dominantes, hasta la conquista de la “hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno”.⁸⁸ Simultáneamente o mejor, para la formación de esta hegemonía, proceso de centralización política, bajo la forma de interés nacional,⁸⁹ logrando, por una parte, arrastrar al proletariado tras sus banderas; por otro, enfrentar a las burguesías de los demás países para preservar el monopolio del territorio social hegemónico; y por último, romper la resistencia de aquellas fracciones burguesas que entran en contradicción “con el progreso de la misma industria”.⁹⁰ El supuesto de todo este proceso es la capacidad que se pueda tener de fragmentar ininterrumpidamente las otras formas de organización política de la sociedad, especialmente del proletariado,⁹¹ porque sólo a partir de esa disgregación se pueden verificar las estrategias de articulación colectiva en torno al valor de cambio y el desarrollo industrial.

c) *A nivel cultural*: erosión de los vínculos y las representaciones serviles, religiosas y sociales que no estén guiadas más que por el “frío interés” del lucro; “supeditación de las razones prácticas, las elecciones estéticas, y las normas morales a la lógica

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 112-117.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 117.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 113.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 115.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 119.

⁹¹ *Ibid.*

del valor de cambio”.⁹² “Constitución de un concepto de nación sustentado en la competencia interburguesa y el monopolio de mercados”.⁹³ Incorporación de la lógica mercantil en el propio comportamiento laboral y sus horizontes de acción; “guerra civil más o menos oculta”, incesante y cotidiana, no sólo para hacer del trabajador un trabajador asalariado, cosa que es un hecho económico-político, sino, también, para que el trabajador se asuma a sí mismo como trabajador asalariado, como propietario de una mercancía que entabla vínculos sociales con los demás (obreros y burgueses) en tanto propietarios privados.

Cada uno de estos niveles presupone simultáneamente a los otros, y aunque el político-cultural puede jugar un papel más activo en determinadas coyunturas, éstos adquieren materialidad técnica y organizativa cuando se cristalizan como modificaciones en la reorganización productiva de la sociedad moderna. Hoy en día, la burguesía sería aquel sector social que a escala planetaria y local personifica este *movimiento* de expansión de las relaciones de producción e intercambio como relaciones supeditadas al valor de cambio; aquel sector que, por su posición en el control de las condiciones de producción e invención económicas, políticas y culturales subordina trabajo ajeno para hacer de él, de una manera crecientemente tecnologizada, fuente de valorización del valor. La burguesía es, por tanto, la personificación de un movimiento y una posición social que se define frente y contra otros movimientos y posiciones sociales; la burguesía, y luego también el proletariado, son sujetos sociales que existen en tanto relaciones de lucha, de apropiación, de defensa, de dominio, de resistencia en el campo material que configura las condiciones de producción, reproducción e invención de la vida económica-política-cultural. El concepto de lucha precede al de las clases; más bien, porque hay lucha entre sujetos sociales es que luego hay clases sociales, de ahí que no sea casual que en el *Manifiesto*

⁹² *Ibíd.*, p. 113.

⁹³ *Ibíd.*, p. 127.

Marx hable primero de lucha de clases y luego de las clases que se forman a partir de la lucha.

Es claro entonces que la propiedad jurídica⁹⁴ es apenas un aspecto parcial de esta relación social. Lo que acontece con las sociedades por acciones anónimas en las que jurídicamente parecería que los propios trabajadores “son dueños”; con la propiedad del Estado en el que “todo el pueblo es dueño”; o con el trabajo a domicilio en el que aparentemente el trabajador es un “empresario”, muestran claramente la superficialidad y fetichización extrema sobre las que opera esta ideología jurídica, pues sólo es capaz de dar cuenta de la caracha epidérmica del tumultuoso flujo interno de fuerzas y posiciones que constituye la realidad de las relaciones sociales, en este caso del capital.

En el caso de la moderna fábula liberal que quiere justificar detrás de la “democratización de la propiedad”⁹⁵ la extinción de las diferencias de clases, el izquierdismo jurídicista cae de hinojos, impotente ante sus imposturas, pues es partícipe de su punto de partida. Encontrar, detrás de la costra de leyes, códigos y mistificaciones legalistas, el furor de las relaciones sociales que estructuran las clases permite ver, en cambio, que detrás de esta “democratización de la propiedad” se hallan brutales procesos de *proletarización eufemistizados* por la retórica jurídicista de que el “pueblo” se está convirtiendo en empresario. Detrás del obrero convertido en accionista atomizado hay una descomunal expropiación de ahorros y beneficios acumulados durante décadas, que caen en manos de los inversionistas más grandes, y que además coaccionan simbólicamente a sus trabajadores a una mayor efi-

⁹⁴ Desde los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, pasando por el *Manifiesto comunista*, hasta el final de sus obras, el concepto de propiedad que utiliza Marx no se restringe al sentido jurídico actual, sino que abarca, ante todo, el sustantivo de atributo social incorporado en las propias cosas. A este significado de propiedad, que “no es su expresión legal” sino “su forma real”, Marx lo llama “relaciones de producción”. Véase la “Carta de Marx a Schweitzer”, 24 de enero de 1865.

⁹⁵ Hernando de Soto, *El otro sendero*. Lima, Instituto Libertad y Democracia (ILD), 1986. Véase también, del mismo autor, “Los informales presentan una respuesta a Marx”, en *Perspectivas Económicas*, No. 2, 1989.

cacia laboral para “su empresa”. Detrás de la propiedad de “todos” (la estatal) se agazapa el poder de una burguesía de Estado en posibilidad de disponer privadamente de parte del excedente social, y además simulando hacerlo en nombre de la “patria”, la “nación” o la “revolución”.

Por último, detrás de estos “empresarios” vendedores de servicios que pueden ser desde costureros, comideras, limpiadores de oficinas, consultores o investigadores, se hallan obreros a domicilio o ambulantes que venden su fuerza de trabajo bajo la forma de productos (salario a destajo), cuyo esfuerzo laboral, junto al de un inmenso ejército disperso de trabajadores, directa o indirectamente, ayuda a valorizar los procesos capitalistas centralizados, ya sea mediante la reducción del valor de la fuerza de trabajo formalmente asalariada que consume los productos de estos “cuenta propias”, ya sea mediante la reducción de costos de realización comercial de las grandes empresas en el caso de los gremiales, o mediante la elaboración de productos materiales o inmateriales que forman parte de los mecanismos de funcionamiento de las grandes empresas y de la fuerza de trabajo absorbida para valorizar el capital.⁹⁶ Marx llama a estas formas de *asalariamiento* de la fuerza de trabajo “formas en transición” que hablan de una fuerza laboral “subsumida formalmente en el capital”,⁹⁷ pero que hoy son reactualizadas como modo de desarrollo de la acumulación capitalista en las ramas realmente subsumidas en el capital.

En todo caso, lo decisivo de esto es que la clase burguesa no es un título de propiedad, sino todo un conjunto de dispositivos y de disposiciones sociales en flujo, desplegado en los diferentes espacios de la vida material (económica-política-cultural) y que configuran identidades y campos de comportamientos, posibles a partir de la sumatoria interdependiente de las relaciones de fuerza, desplegadas en esos espacios en torno al control y a la

⁹⁶ Sobre el concepto de productos materiales e inmateriales, véase Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *op. cit.*

⁹⁷ Véase Karl Marx, “Trabajo productivo e improductivo”, en *El capital*, *op. cit.*

posesión de las condiciones materiales de la producción de esos espacios. Las clases sociales vendrían a ser, entonces, los polos de este antagonismo social en estado ígneo que, nacido y finalmente técnicamente reproducido desde el proceso de producción de la riqueza material, atraviesa y comprende todo el proceso de reproducción social.

Ahora, en la medida en que el valor y el trabajo (o si se prefiere, capital y trabajo, pues el capital es valor que se autoproduce) no son más que el devenir, el acontecer histórico de una misma sustancia social: el trabajo como energía creadora de la humanidad y el trabajo como enajenación de sí mismo (el capital), los polos del antagonismo social, las clases, deben ser tratadas como relaciones de fuerza antagonizadas en el control, en el uso, en la generalización y disfrute de esa energía productora de materialidad social. Relaciones de fuerza que se alojan en todos los actos y los territorios de los actos de las personas, en que adquieren realidad social como múltiples formas de existencia relativamente compactas del poder del trabajo humano, de su actividad creativa en su acepción más diversa, y como múltiples formas relativamente compactas de la antítesis de esa potencia. Dicho de otra manera, tenemos que entender las luchas de clases y luego las clases, como el proceso constante de desarrollo en todos los espacios de las actividades sociales (grupales e individuales), comenzando desde el proceso de producción, de enajenar y desenajenar el poder del trabajo, de arrebatar y volver contra sus portadores la capacidad creativa del hombre, y de resistir, de recuperar el control, de expandir ilimitadamente esa capacidad creadora, por parte de quienes la vierten cotidianamente. Lo uno y lo otro, vuelto a comenzar a cada momento, en cada hecho de creatividad humana.

A las clases en el capitalismo (pero también en cualquier otra forma social de organización del proceso de producción y reproducción de la vida material, fundada en el antagonismo social entre una de las formas del trabajo vivo y su enajenación) tenemos que verlas, por tanto, como condensación de fuerzas, de intenciones, de comportamientos, de voluntades, de prácticas, de representaciones, de disfrutes; de acontecimientos dirigidos

a desplegar el poderío del trabajo- en-acto, del trabajo vivo en sus diferentes especialidades y componentes (comenzando, claro, desde el proceso de producción de bienes materiales que sostienen la vida, pero abarcando también, y mayoritariamente, las otras formas de riqueza social como el placer, la política, la imaginación, la salud, la educación, el sacrificio, la convivencia, el ocio, la contemplación, el consumo, la procreación, todo lo que es creatividad humana en estado de realización); y a supeditarlo al proceso de valorización del capital. Para Marx, el capital “no es pues una fuerza personal, es una fuerza social”, por tanto, “ser capitalista significa ocupar no sólo una posición personal en la producción, sino también una posición social”;⁹⁸ el “capitalista en cuanto tal es sólo función del capital”.⁹⁹

La definición de clase en el *Manifiesto* es procesal, no estática, no jurídicista, ni tecnicista. El capital es una relación social, no un grupo de personas con ciertas cualidades particulares. La importancia de esta manera *categorial* de la expresión de las relaciones sociales modernas radica en que permite superar las concepciones burocrático-juridicistas que han marcado la experiencia política de los últimos setenta años. Para estas concepciones, mientras la burguesía y su poder son un problema de propiedad poseída por tales o cuales personas, la derrota de la burguesía pasa por la expropiación estatal de esa propiedad y el exterminio físico o exilio de los propietarios, es decir, por medidas administrativas. La experiencia de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) muestra que la propiedad estatal de los medios de producción, defendida por burócratas estatales y minúsculas sectas de aspirantes a funcionarios públicos, simplemente instaura al Estado como “capitalista colectivo”,¹⁰⁰ y a los miembros del partido

⁹⁸ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

⁹⁹ Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *op. cit.*

¹⁰⁰ “Pero las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los *trusts* o en propiedad del Estado. Por lo que a las sociedades anónimas y a los *trusts* se refiere, es palpablemente claro. Por su parte el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores

como a nuevos sujetos portadores de la función social burguesa, con lo que la relación social del capital se reproduce, aunque de manera modificada.

Superar al capital, desde el punto de vista de la definición de Marx, significa superar las relaciones sociales de fuerza, los comportamientos, las disposiciones y los posicionamientos en el control, el uso y la modificación de las condiciones de producción de necesidades materiales (economía), de soberanía (política) y de bienes simbólicos (cultura). Y esto, por supuesto, no es un atributo de pastor alguno¹⁰¹ o de ningún burócrata estatal agazapado detrás de alguna autotitulada “vanguardia”; es un movimiento social de revolucionarización de las relaciones sociales, en el que los sujetos de tales transformaciones no pueden ser otros que los sujetos que las padecen: el trabajo en todas sus formas corporeizadas que, en la sociedad moderna mayoritariamente (aunque no únicamente), es el proletariado. El capital como relación social, y la burguesía como posición social, tan explícitamente definidos en el *Manifiesto*, fundamentan la posibilidad de la superación del capitalismo en el propio automovimiento de emancipación de la clase trabajadora moderna, el proletariado, en tanto son precisamente sus actitudes, sus esfuerzos, sus disposiciones, sus tolerancias, sus fuerzas las que sostienen y crean, como producto *enajenado* de sí, al capital y a los personificadores de esa relación social, a los burgueses.

La revolución social no es, pues, un golpe de mano que extermine a las familias burguesas, ni mucho menos una medida administrativa en la que un jefecillo dicta un decreto de “sociali-

generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas individuales. El Estado moderno, cualquiera sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el *capitalista colectivo* ideal. Y cuantas más fuerzas productivas asuma en propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanto mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios. La relación capitalista, lejos de abolirse con estas medidas, se agudiza, llega al extremo, a la cúspide”. Friedrich Engels, “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en *Obras escogidas*, *op. cit.*

¹⁰¹ Michel Foucault, *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Caronte, 1996.

zación”; es un movimiento práctico, histórico, de larga duración, en el que el trabajo va quebrando y erosionando, incluso mucho antes del derrocamiento político de la burguesía, las relaciones de fuerza en la economía, la política, la cultura y la técnica que sostienen al capital. Aún más, se trata de un proceso económico-político-cultural, en el que el trabajo va creando las nuevas disposiciones, las nuevas actitudes y capacidades para modificar a su favor el control, la gestión de las condiciones materiales de producción de la economía, la política y la cultura.

Este proceso revolucionario es un proceso histórico de décadas, que se inicia mucho antes de la disputa abierta y nacional del monopolio de la violencia física y simbólica del Estado;¹⁰² disputa descarnada que, cuando se da, para no devenir otra fuerza productiva del capitalismo, ha de verificarse como acumulación concentrada y explosiva de múltiples experiencias previas de autonomía, de autogestión social, que preparan al proletariado para tomar en sus manos colectivas la responsabilidad del destino social.¹⁰³ Revolución que, de vencer, deberá seguir desplegándose después en otros medios más favorables y centralizados (el socialismo).

La posibilidad social de este proceso, su devenir, es el proceso de *construcción* de la clase proletaria.

¹⁰² Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama, 1997.

¹⁰³ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.* En este mismo sentido, Marx declaró: “En lugar de la concepción materialista del *Manifiesto* se promueve la idealista. En lugar de las relaciones reales, que es lo esencial en la revolución, se pone la voluntad. Mientras que nosotros les decimos a los obreros: tal vez os tocará pasar aún por 15, 20, 50 años de guerra civil para cambiar las condiciones actuales y capacitaros vosotros mismos para la dominación, ellos les dicen: tenemos que conquistar ahora mismo el poder o podemos irnos a dormir”. Karl Marx, “Intervención ante el Comité”, 15 de septiembre de 1850.

B. LA DETERMINACIÓN DEL TRABAJO POR EL CAPITAL: LA MERCANTILIZACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO.
¿QUIÉNES SON LOS PROLETARIOS HOY?

Primero: “La clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo”, es decir, se trata de trabajadores que no pueden vivir con lo que ellos producen, que tienen que disponer de su potencialidad creadora (el trabajo) para otros

Estamos entonces ante trabajadores que ya no son partícipes de las estructuras de autosuficiencia (comunidad, unidad doméstica), en la que los medios de vida del trabajador y de su familia eran resultado directo, sin mediación de cambio, de su propia laboriosidad. Ahora, el obrero está definido por que su trabajo ya no se dirige a satisfacer sus propios requerimientos, sino que debe satisfacer requerimientos externos, debe ser trabajo útil para *otros* distintos a él. En los términos del primer capítulo de *El capital*, se trata de un trabajador cuya capacidad, el trabajo, ha devenido “valor de uso social”,¹⁰⁴ en valor de uso para-sí, y por tanto ya no es un simple valor de uso en-sí. Hay aquí un primer rasgo de universalidad del obrero moderno en cuanto a su laboriosidad, que para devenir trabajo efectivo, tiene que tener utilidad social, tiene que ser consumida por Otros, que no son sus productores. Este trabajador está definido por su vínculo con el mundo, con necesidades exteriores cuyo límite máximo son las necesidades del mundo. La capacidad de trabajo halla en el régimen capitalista, aunque de manera abstracta y reprimida, el descubrimiento de una potencialidad comunitaria que abarca a todos los seres humanos.

Sin embargo, esta universalidad del valor de uso del trabajo del obrero moderno no existe así abiertamente; se da bajo el dominio de la relación de valor, como supeditación del valor de uso al valor

¹⁰⁴ Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*

de cambio, esto es, como forma mercancía;¹⁰⁵ la universalidad de las capacidades aparece así como simple pretexto redomado por el interés privado del lucro, de la ganancia empresarial.

*Segundo: "Estos obreros, obligados a venderse al detalle son una mercancía como cualquier otro artículo comercial"*¹⁰⁶

La capacidad de trabajo, definida en cuanto lo es para otros, el valor de uso social del trabajo no puede realizarse abiertamente en su realidad genérica y comunitaria; se halla constreñida, más aún, dominada, retorcida y oculta, por el valor de cambio, por una medida cuantificable, abstracta y privada que se le aparece como contraparte visible, pero castrante, en sus utilidades consuntivas; peor aún, como contraparte privada, que a manera de espejo cóncavo deforma la realidad del valor de uso del trabajo y lo hace verse a sí mismo, sentirse a sí mismo como mero coágulo de valor de cambio, como otra mercancía que habita el mundo de las mercancías y se realiza en el cambio con otras mercancías. Esta segunda característica del proletario lo muestra como un trabajador que realiza su capacidad creadora, el trabajo, como mercancía, como un bien intercambiable en el mercado y sujeto a sus reglas de intercambio. Mas como la capacidad que posee el trabajador es su fuerza de trabajo, indisoluble de su ser corpóreo, en tanto no se materializa, no se desdobla en trabajo objetivado (trabajo pasado), lo que deviene mercancía no es el ser corpóreo laboral, que sería la esclavitud, sino la capacidad laboral medida en el tiempo. Esto supone dos cosas: la soberanía del trabajador sobre su capacidad, pues de otro modo no podría acceder al mercado como poseedor de un bien ofertable, como lo hacen los otros concurrentes (los compradores de fuerza de trabajo) y, simultáneamente, cuantificación mercantil de esta fuerza de

¹⁰⁵ Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*; Bolívar Echeverría Andrade, *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1989.

¹⁰⁶ Karl Marx y Friedrich Engels, "El manifiesto del partido comunista", *op. cit.*, p. 117.

trabajo, su medida en el tiempo en función de su equiparación con el resto de fuerzas de trabajo concurrentes que regulan inconscientemente, y en complejas aproximaciones sucesivas, un promedio de medida del valor de cambio del trabajo, un valor social de la fuerza de trabajo.¹⁰⁷

El hecho de que el trabajo devenga trabajo asalariado, o lo que es lo mismo, que la capacidad de trabajo aparezca como mercancía, es por tanto, un proceso de parametrización del trabajo, de domesticación de sus potencialidades, de mutilación de sus contenidos trascendentes, a fin de volverla una vulgar mercancía y a su portador, un mercader. Puesto como un mercader, el trabajador tiene que “venderse al detalle”, tiene que entregarse a otros a cambio de un monto de valor, porque ésa es la única manera en que ahora puede volver útil su trabajo y reproducir la utilidad de ese trabajo. Esta última idea es decisiva para comprender las múltiples formas de proletarización contemporánea.

La primera condición de la obrerización es que su trabajo sea útil para otros que no son el propio productor, lo que hace que el trabajo del obrero, en cuanto contenido material de riqueza (valor de uso), adquiera un carácter universal. Pero esta universalidad, para manifestarse, requiere tomar la forma de una “objetividad espectral”¹⁰⁸ cuantificable: el valor. Ésta es la condición segunda que redondea y domina a la anterior. Sólo bajo esta medida social, y bajo una magnitud de esa medida (el valor de cambio) la utilidad en sí del trabajo obrero se muestra como utilidad específicamente social. Esto parecería una transición lógica simple, sin embargo, presupone el aprisionamiento en cuatro dimensiones de su existencia material:

a) Que el trabajador pierda soberanía efectiva sobre el fruto de su trabajo. El primer momento de esta enajenación es que el

¹⁰⁷ Karl Marx, *El capital*, op. cit.; Isaac Rubin, “Ensayos sobre la teoría marxista del valor”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 53, 1977.

¹⁰⁸ Karl Marx, *El capital*, op. cit.; Jacques Derrida, “Sobre la fantasmaticación de la mercancía”, en *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta, 1995.

trabajador produzca algo, no como despliegue generoso de sus capacidades, sino como sumisión a necesidades externas que fijan el ámbito del trabajo útil por encima y en contra de la inclinación del trabajador. Es el obrero a domicilio, el trabajo artesanal antiguo y moderno, y cierto tipo de cuentapropismo derivado de él. El segundo momento de la enajenación vendrá cuando la objetivación del trabajo, material y técnicamente, se presenta como no-propiedad, como objetividad extraña y opuesta. Es el obrero industrialmente concentrado y organizado.

b) Que el gasto de fuerza de trabajo pueda ser considerado en forma abstracta y luego equiparable por un monto de valor, el equivalente a los medios de consumo para reponer el esfuerzo desplegado. Lo primero es condición de lo segundo pues, hasta el régimen del capital, la fuerza de trabajo en magnitud y habilidad era equiparable sólo a sí misma (reciprocidad diferida en el tiempo, en las estructuras comunales), o al uso y posesión de ciertos bienes (tierras, monto de la cosecha). Cuando se puede medir el trabajo concreto por un monto indiferenciado de trabajo general, esto ha de permitir que el trabajo concreto del trabajador quede subordinado al trabajo abstracto, que lo vuelve cuantificable en función del trabajo social medio que requiere la elaboración del producto por otras personas. Cuantificar el esfuerzo laboral en función del esfuerzo social medio que requiere la elaboración de los productos generados por el trabajador ha de permitir, a su vez, cuantificar el valor social de la fuerza de trabajo, con lo que el obrero, de productor de mercancías, parece él mismo mejor su capacidad laboral, como otra mercancía más. El círculo se cierra en un entorno de socialización abstracta, que inicialmente emergió de una forma de interpretar la laboriosidad, y que ahora aparece como fuerza extraña que la domina, la guía y la define: estamos ante el movimiento de la enajenación plena del trabajo.

c) Que la utilidad del producto del trabajo se dé sólo y únicamente en tanto genere un valor excedente en alguno de los escalones del ordenamiento económico de la sociedad donde desemboca el resultado del trabajo. Cuando la valorización es expropiada directamente por el propietario y controlador de los

medios de producción que utiliza el trabajador, estamos ante la organización empresarial característica del capitalismo. Cuando la valorización se realiza para el empresario contratista que no controla ni el uso ni la propiedad parcial de los medios de trabajo, estamos ante las diversas formas de trabajo a domicilio, antiguas y modernas. Cuando la valorización, para realizarse, debe pasar todavía por diversos escalones de mediación estamos ante el artesano, campesino mercantilizado, cuentapropista o vendedor cuyo trabajo, consumido por segmentos de consumidores populares, reduce el valor de la fuerza de trabajo social disponible por el empresariado, o reduce indirectamente los costos de realización del capital productivo y comercial. Esto último dará lugar a formas de *obrerización híbridas*, en las que habilidades domésticas, manufactureras, comunales, y en general fuerzas productivas inventivas y asociativas no-capitalistas, en vez de disolverse, son refuncionalizadas para la valorización del capital. *Estos modos de subsunción formal articulados a la subsunción real de los procesos de producción e invención sociales por el capital son característicos de los inicios del régimen capitalista, pero también en las últimas décadas, pues están siendo utilizados por las estrategias neoliberales para erigir la nueva ola de expansión de la acumulación del capital.*

d) En todos los casos, de una manera directa o indirecta, el trabajo ha de comportarse no sólo como valor de uso que se intercambia por un monto de valor, sino además como la fuente del valor cuyo consumo, en términos generales, tiene explícitamente para el capital social la función de generar más valor que el que retribuye y el de explotarlo para sí.

Esta valorización del capital puede suceder en unos casos a nivel individual, como la que acontece con los asalariados de empresa o, en otros, a nivel de la sociedad en su conjunto, como lo que sucede con el trabajo campesino, artesanal, familiar o “cuenta propia”, que sin valorizar a tal o cual empresario privado, y sin mantener contratos de empleo con ningún burgués, mercantilizan su capacidad de trabajo y valorizan al capital social en cuanto se sumergen en relaciones mercantiles (compra y venta de fuerza

de trabajo temporal, compra de productos industriales, venta de productos propios, préstamos bancarios, etcétera).¹⁰⁹ Y como estas abigarradas formas extorsivas del consumo de la fuerza de trabajo requieren que su utilidad esté bajo el mando general del capital, el trabajo, como trabajo mercantilizado, es llevado a aparecer como parte del capital, como uno de sus momentos: como capital variable.¹¹⁰

La capacidad de trabajo como capital variable del capital es una definición estructural del obrero moderno, que ordena la función económica del trabajador en la sociedad, pero también su función política y cultural. Ya sea que el trabajador sea llevado a desempeñar el papel de capital variable para una empresa particular (el obrero asalariado) o para el capital social considerado en su conjunto (el obrero híbrido sometido a abigarradas formas de mercantilización de su fuerza de trabajo), su práctica económica, su práctica política y su práctica cultural están marcadas y dominadas desde el inicio por la práctica económica, política y cultural del capital. Desde el inicio, y hasta los momentos históricos cíclicos de su autonegación como obrero-de-capital, el trabajador es una criatura del capital, la “parte variable”.

En suma, la fusión jerarquizada de estos elementos constitutivos de la obrerización social y la variación al interior de ellas dan lugar a complejos procesos de proletarización universalizante de la fuerza de trabajo moderna, además de ser el hilo conductor para entender la erosión de la comunidad agraria.

Ya sea que los trabajadores sometidos a esas relaciones sociales vendan su fuerza de trabajo como sustancia abstracta al empresario, o bajo la forma de productos o de servicios, estamos ante múltiples formas de mercantilización del consumo de la fuerza de trabajo:¹¹¹ obreros de industria, agroindustria y la minería for-

¹⁰⁹ Karl Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, en *Obras escogidas en tres tomos*. Tomo I, Progreso, Moscú, 1981; Armando Bartra, *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Macehual, 1979.

¹¹⁰ Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*

¹¹¹ Karl Marx, *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, *op. cit.* Véase también Immanuel Wallerstein, “La unidad doméstica y la formación de la fuerza de

malmente contratados; obreros eventuales, jornaleros a tiempo parcial, obreros subcontratados, obreros a domicilio; científicos de empresas de investigación, analistas individuales que venden sus conocimientos; obreros de la construcción, asalariados de empresas que venden servicios, asalariados de la industria del transporte; asalariados de los medios de comunicación, productores individuales de los medios de información, de la banca, del comercio; cooperativistas que emplean únicamente su capacidad laboral, operarios de microempresas concentrados bajo relaciones de parentesco; campesinos cuya producción es total o mayoritariamente mercantil; pequeños comerciantes individuales que realizan las mercancías de empresas capitalistas, productores-vendedores de vestimenta y alimentación en mercados segmentados de la propia población trabajadora; recolectores de basura, etc., son distintas maneras de mercantilización de la fuerza de trabajo que dan lugar a una caleidoscópica proletarización moderna de la fuerza de trabajo.

Los cambios técnicos y productivos de las últimas décadas, lejos de desproletarizar a la población, la están llevando a niveles extremos y mundializados; y esta creciente variedad de estratos de hecho, lo único que hacen es validar aún más el significado esencial del ser obrero: su fragmentación, su atomización, su pulverización por y ante el capital, porque en ello radica precisa-

trabajo en la economía-mundo capitalista”, en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein (comps.), *Raza, nación y clase*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA), 1988.

De los 3.000 millones de personas trabajadoras registradas en 1995, el 45,7% tiene un *empleo remunerado* que le permite reproducirse “por encima de los niveles de pobreza absoluta”; el 27% es catalogado en el *autoempleo* (aquí se incluye a empleadores, trabajadores por cuenta propia, miembros de cooperativas de producción y trabajadores familiares no remunerados). Estos últimos, por lo general no están regidos por un contrato laboral y por tanto, carecen de prestaciones sociales o un ingreso regular; el 23% son *subempleados* (la Organización de las Naciones Unidas [ONU] los define como “los trabajadores pobres”, esto es, que aunque trabajan por largas horas, la mayoría no percibe un salario suficiente para salir de la pobreza, dado su bajo nivel de productividad); y el 4% se encuentra en el *desempleo abierto*. Alicia Peña López, *El proletariado hoy: ¿nostalgia o realidad?*, México, s.e., 1998.

mente la posibilidad de una renovación sin límite de la conversión del trabajo en trabajo asalariado, esto es, del trabajo en valor de uso del capital.

Esta fragmentación de la estructura material del trabajo ciertamente rompe con esa imagen de la fábrica fordista compuesta por un ejército obrero homogeneizado, uniformizado y compacto. Esa fue una forma histórica temporal de la obrerización en ramas decisivas de la economía, que ahora van disolviéndose para dar paso a formas de obrerización más complejas, abigarradas y desconcentradas a través de la subcontratación, la “venta de servicios”, etcétera.

Muchos ideólogos liberales han visto en esta extinción del obrero clásico un argumento de la secundarización de los obreros, y paradójicamente tienen como coro de sus invenciones cierto discurso pseudoizquierdista que anhela al obrero masa de la gran empresa como forma definitiva y exclusiva de la constitución obrera. Estos precursores de Francis Fukuyama, por su apego a congelar como “última etapa” periodos transitorios del capital, la única creencia (ya ni siquiera argumento) que pueden esgrimir frente al discurso liberal es que los desocupados forman parte del contingente histórico de los obreros, cosa que es cierta en parte, pero sin ver que estos desocupados o sus familias, junto a la inmensa masa de trabajadores que no están en la gran empresa industrial, en cuanto trabajadores sujetos a distintas modalidades de supeditación del capital, están dando lugar a nuevas rutas de obrerización de la fuerza de trabajo y, con ello, a *nuevas formas de construcción social de clase*, que por supuesto escapan a la comprensión de estos pastores de pequeñas sectas y a su manualesca conceptualización de clase, que en el fondo no sirve para nada.

El obrero social moderno tiene que ser buscado no sólo en la gran fábrica con los asalariados de contrato fijo; se halla en las empresas subcontratistas, en las microempresas, en el trabajo a domicilio que se mueve en torno a la lógica de valorización definida por las primeras. Se halla en la construcción, en la minería, en el transporte; en los medios de comunicación, en la aeronavegación,

en la producción de servicios; en los laboratorios donde se inventan nuevos productos, en los basurales de las ciudades, etcétera.

Se puede decir que el mundo poco a poco se está convirtiendo en una gigantesca factoría donde pueblos, comunidades, trabajadores son arrojados a una trituradora que intenta convertir a todos en fuerza de trabajo que valoriza el capital, en obreros.¹¹² De ahí que lo afirmado en el *Manifiesto* respecto a que “toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases” sea hoy una evidencia que se desenvuelve frente a nuestros ojos con una inusitada fuerza a escala planetaria en las últimas décadas.

Con todo, no olvidemos que Marx está hablando aquí de una tendencia creciente, de una fuerza histórica que apunta hacia allá, no de un hecho realizado. La persistencia de estructuras comunales, de formas de organización y trabajo no-capitalistas o precapitalistas, no anulan esta fuerza mundial obrerizante; precisamente la muestran como una tendencia que tiene que remontar otras fuerzas que apuntan a sentidos históricos distintos, no como una ley ineluctable y por encima de la historia. Desde este punto de vista, el congelamiento y refuncionalización parcial por el capital de capacidades laborales no-mercantiles habla de las particulares maneras, en este caso ambiguas, de la realización y de las fronteras transitorias de esta tendencia. Pero además, el *Manifiesto* no sólo habla de la creciente ampliación del “campo” obrerizado de la población mundial: habla de un campo fragmentado, contradictorio, atravesado por una infinidad de murallas

¹¹² Según un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT): “[...] el mundo pasa a ser un gigantesco bazar formado por naciones que ofrecen su mano de obra en competencia unas con otras, proponiendo los precios más bajos para conseguir el trato [...]. Aun no expresándolo tan crudamente, se puede decir que el incremento en la competencia internacional, que afecta a un número creciente de trabajadores en todo el mundo, es considerada como la consecuencia más problemática de [la] evolución [del mercado de trabajo planetario]. El temor fundamental es que la intensificación de la competencia mundial ejerza presiones hacia la baja de los salarios y de las normas del trabajo en todo el mundo”. OIT, *El empleo en el mundo 1996-97. Las políticas en la era de la mundialización*, Genève, OIT, 1997.

que dividen brutalmente la unidad del campo de clase y lo hacen aparecer como un campo disuelto. Todas las actuales ideologías sobre la extinción de los obreros son la representación retórica de esta transfiguración de la constitución material invisibilizante del trabajo obrero por y para el capital. De ahí que:

*Tercero: “Estos obreros [...] son una mercancía [...] sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado”*¹¹³

Al adquirir el trabajo humano la estrecha forma social de mercancía, no sólo la fuerza de trabajo asume un valor histórico para el capital (el de crear valor) y un valor económico para el personificador del capital (el empresario), también asume un valor económico para el dueño de la fuerza de trabajo, que es el propio trabajador. A diferencia de lo que sucede con el mundo de las mercancías, la fuerza de trabajo es una mercancía cuyo propietario es el propio portador corpóreo de esa mercancía, el trabajador. Las vicisitudes del mercado que tiene que soportar la mercancía “capacidad de trabajo”, la competencia que tiene que vencer para realizar su venta exitosa; los regateos a los que tiene que recurrir su propietario, como cualquier propietario de mercancías, para lograr que “alguien” la consuma, es la competencia, el regateo entre propietarios de similares mercancías que no son otros que los trabajadores.

La fuerza de trabajo como mercancía supone entonces la confrontación entre obreros, la competencia para venderse mejor al patrón, las miserias y servilismos ante el comprador para resultar más apetecible ante el contratante. De ahí ese sinfín de estrategias de sumisión obrera ante los poderosos, de fraccionamientos y enconos entre trabajadores en una fábrica, entre fábricas, entre trabajadores de diversas ramas. Estas escisiones, que enfrentan a obrero contra obrero, no son un problema de falta de lectura de

¹¹³ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 117.

una tesis política o una de esas recetas idealistas que a diario se inventan las camarillas autotituladas vanguardias. Es un hecho material fundamental del ser obrero, que sólo puede ser superado a través de otro hecho material también fundamental. La competencia y las vicisitudes del mercado, que atraviesan el comportamiento de los trabajadores, su conciencia, sus disposiciones prácticas, no surgen de una fuerza externa al obrero que lo vendría a arrastrar por los caminos de la ignorancia; la competencia entre sí, el egoísmo respecto a los demás obreros y el servilismo ante el empresario son el resultado material de su constitución como mercancía fuerza de trabajo, como capital variable. En la propia constitución histórica como trabajo para-el-capital, esto es, en el devenir material de trabajo en trabajo asalariado, viene la incorporación implícita del ser mercancía, de confrontarse con los otros mercaderes de fuerza de trabajo, con los otros obreros. La fragmentación contemporánea de la fuerza de trabajo, su incapacidad de estructurar formas de unificación a nivel de empresa, a nivel local, a escala nacional y mundial, tan característica de estos tiempos neoliberales, muestra abruptamente esta preponderancia del ser-mercancía de la fuerza de trabajo, de hecho, es el fondo material y procesal de los discursos del desencantamiento del mundo, del vaciamiento del sentido histórico de la historia.¹¹⁴

El llamado neoliberalismo, en el fondo, es la brutal reactualización de este proceso de pulverización de la unidad del trabajo, por tanto, de una nueva división del trabajo y de una nueva estructura material de la realidad histórica del trabajo, capaz de reflotar la identidad mercancía de su ser social. Es por ello que el principal sostén de las modernas estrategias de dominio del capital pasa por la desarticulación de la sociedad civil, por la agresión a las formas de autoaglomeración que los trabajadores de distintos rubros fue-

¹¹⁴ Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 1990; Paul Feyerabend, *Adiós a la razón*, Madrid, Tecnos, 1992; André Glucksmann, *Los maestros pensadores*, Barcelona, Anagrama, 1977; Jean Baudrillard, *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1993; Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987; Bolívar Echeverría Andrade, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM, 1995.

ron creando durante décadas; por la proscripción de los sindicatos, por la deslegitimación de las estructuras de mediación política plebeyas consagradas por el Estado de bienestar, por la pérdida de derechos públicos y laborales,¹¹⁵ etcétera. Pero ante todo, por la inscripción de este disciplinamiento en las propias estructuras materiales del proceso de trabajo social, en las nuevas formas de consumo de la fuerza de trabajo y las nuevas tecnologías que han comenzado a recrear el trabajo, desde el propio proceso de producción, con una nueva identidad económica, política y cultural mercantilizada, atomizada, en descarnada competencia interna.

La definición de obrero parte entonces de estas determinaciones estructurales, por el sencillo motivo de que quien define inicialmente al obrero es el capital, el consumidor de su fuerza de trabajo. El valor de uso universal del trabajo viene dado y mediado por su consumidor, que es el capital, y por ello es él quien define las características materiales válidas, remarcables, fundamentales de ese valor de uso, que no son otra cosa que esa fuente de valor, que se venda como mercancía y que se comporte como mercancía, esto es, que sea un objeto social fracturado y en frenética competencia con las otras mercancías. La cultura obrera levantada sobre esta determinación es la cultura que ahora vemos predominar a escala nacional y mundial entre los obreros-del-capital.

El obrero mercancía, el obrero “en tanto capital variable”¹¹⁶ es el obrero para el capital, el obrero que existe para servir al capital. Dado que el obrero es obrero porque oferta su fuerza de trabajo (como sustancia abstracta o vertida en cosas), es obrero porque es mercancía y porque es mercancía se contraponen a las otras mercancías que son a la vez obreros. La competencia inter-obrera viene incorporada a la definición inicial del trabajo asalariado, es parte de su materialidad histórica constitutiva, de su ser-en-sí.

El problema con la competencia entre trabajadores modernos, el miserabilismo entre propietarios de la mercancía fuerza de trabajo, la cultura del regateo y el servilismo ante el consumi-

¹¹⁵ Noam Chomsky, *Lucha de clases*, Barcelona, Crítica, 1997.

¹¹⁶ Karl Marx, *El capital*, op. cit.

dor de esa mercancía (el capital) están arraigados materialmente en la propia constitución social del obrero y como tal, marca con igual huella indeleble sus comportamientos culturales, sus opciones políticas. No es una cuestión de ignorancia respecto a las normas fijadas por una tesis política o la falta de liderazgo lo que empuja al trabajador a estos tipos de disposiciones mercantilizantes, enajenantes del trabajador. Se comporta así porque así ha sido convocado por el capital, para poder existir como trabajador; la sola aceptación de la mercantilización de la fuerza de trabajo lleva implícita, con la fuerza de la materia social, este tipo de actitudes contractuales, pues de otro modo se trataría de un trabajo que carecería de utilidad para el capital y no sería un valor de uso social.

La superación de esta definición estructural y parcial de la clase obrera no pasa, como cree cierto idealismo radicalizado de las pequeñas sectas pseudoizquierdistas, por un hecho meramente de ideas (el programa, la tesis, etc.), sino que habrá de ser también un hecho de materialidad social que modifique simultáneamente las condiciones de conciencia e idea, y las convierta también en otra fuerza material de superación de la primera y básica determinación material del obrero como mercancía.

Que el obrero por definición estructural inicial y básica sea capital variable significa que, en el campo de las clases sociales modernas, las posiciones de la burguesía y el proletariado están marcadas por la iniciativa dominante de la burguesía respecto al obrero. De ahí se desprende que la ubicación del ser obrero es ya de entrada, por definición, una ubicación subordinada, subalternizada por la ubicación, las posesiones y las posiciones de la burguesía. Ser obrero es entrar desde el inicio a un campo estructurado en sus funciones por el ser burgués. El obrero, desde que se ubica en este campo de fuerzas como obrero, es un ser que ha aceptado incorporarse a ese campo a partir de la curvatura y las normas que establece el empresario: ser mercancía, ser fuente de valor, ser capital variable. El mundo entero como campo de clases se mueve a partir de esta lógica inicial, que continuamente tiene

que ser reproducida, reafirmada para asegurar la continuidad mundializada del capital.

El obrero es, por tanto, de entrada, un ser definido por y para el capital; es el trabajo que ha devenido trabajo para el capital y el conjunto de sus comportamientos cotidianos estará guiado por esta determinación esencial. Una mirada a la clase obrera contemporánea, en las distintas épocas históricas que ha atravesado, muestra, más allá de las reminiscencias heroicas y como parte unilateral pero presente de su historia, a un obrero permisivo con los poderes, indulgente con las extorsiones padecidas, distante ante los suyos, en predisposición de negociar el monto de sus sumisiones ante el capital.

Romper esta determinación, curvar en otra dirección el campo de las clases, definir de otra manera el trabajo por el propio trabajo, es un problema de construcción para sí del trabajador, de la determinación de sí del trabajo frente a la determinación para sí del capital: es el problema histórico-material de la autodeterminación.

4. LA DETERMINACIÓN DEL TRABAJO SOBRE SÍ MISMO: LA AUTODETERMINACIÓN SOCIAL

El proletariado pasa por distintas etapas de desarrollo [...] Al principio la lucha es entablada por obreros aislados, después por los obreros de una misma fábrica, más tarde por los obreros del mismo oficio [...] las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses, y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación [...]

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política [...]. Esta organización del proletariado en clase, y por tanto en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte [...]

Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, pp. 118-119

He citado este extenso párrafo porque en él está resumida la concepción de Marx sobre la constitución del obrero en clase y del “partido político”, que a pesar de los años, se muestra tan actual y vigorosa ante nosotros.

El primer momento de la constitución estructural del obrero está definido por la iniciativa del capital frente al trabajo. Es el capital quien convierte el trabajo en trabajo mercantilizado, la capacidad de trabajo en capital variable. Hasta aquí el obrero aparece como una criatura del capital, aunque es el trabajo el que crea al capital. Estamos ante el fetichismo de la conciencia obrera que se presenta como conciencia subordinada, dependiente y tributaria de la conciencia alevosa del capital. Incluso la propia aglomeración del trabajo en los centros laborales se presenta como una organización del trabajo para el capital: él es quien los convoca, los agrupa, los ordena en funciones específicas, los vigila. Es la “fuerza de masa” del trabajo, convertida en fuerza del capital, que acrecienta los montos de ganancia empresarial. Hasta aquí, *la identidad obrera* y su unidad son una identidad y una unidad creadas por el capital para sus fines. De no suceder otras circunstancias, el obrero desarrollará su vida de esta manera

y habrá sido totalizado como fuerza productiva del capital, que habrá construido una hegemonía histórica sobre los trabajadores.

Sin embargo, sobre estas condiciones materiales de realidad del obrero moderno, existe otra posibilidad material: que el obrero vaya rompiendo estas cadenas escalonadas de sumisión; primero individualmente frente al patrón, al capitalista individual, lo cual supone la erosión de la complacencia con los miedos internos, el hastío del abuso, la recuperación de una dignidad humana enterrada detrás de la docilidad regateada. Éste es el inicio de una serie escalonada de rupturas con el antiguo ser, por tanto de antagonismos con las disposiciones del capital, que estará dando inicio a *la constitución del obrero en clase por afirmación propia*.

Esto llevará inmediatamente a plantearse la necesidad de dejarse de ver a sí mismo como una vulgar mercancía o un mercader y por tanto, a la necesidad de tener que entablar la relación con otros trabajadores, ya no como competidores, sino como asociados. De darse esas circunstancias y no ser derrumbada esta interunificación parcial del trabajo, surgirán coaliciones permanentes para obtener sus objetivos. En caso de que estas asociaciones locales únicamente reivindicquen para sí los montos de retribución por la venta de su mercancía, se habrá superado parcialmente la competencia entre obreros de una fábrica o rama, pero para retomarla a nivel de obreros de varias ramas o regiones; en vez del sujeto mercader individual presentado por un solo individuo, tendremos un sujeto mercader presentado por una entidad colectiva, que simplemente manifiesta la competencia obrera a un nivel de estructuras corporativas más grandes; pero el fondo mercantil será el mismo.

Con todo, este nivel de unidad parcial representará un desarrollo de la confrontación del trabajo con el capital, que podrá engendrar una mayor comprensión práctica de los frutos de su unidad que, de no quedar enajenada como unidad refuncionalizada por el capital, como sucede en la mayoría de los casos, podrá dar lugar a luchas más enconadas, a rebeliones y triunfos que, por su parcialidad restringida a una rama o localidad, tendrán la contrafinalidad de intensificar las condiciones de opresión obre-

ra, en otras ramas menos organizadas, con lo que nuevamente se acentuará la competencia obrera que conspirará contra los brotes de unidad local existentes.

Pero también hay otra posibilidad: que estas luchas locales aumenten y en algún momento se interunifiquen en una lucha nacional, esto es, en una lucha que dispute el sentido de totalidad orgánica primaria del capital,¹¹⁷ el espacio de dominio, de mando, de dirección de la vida social; la lucha de clases habrá tomado la forma de una lucha política general, en la que se pondrán en discusión las relaciones de poder social y cuyo resultado, de continuar este proceso de acumulación, dependerá de las correlaciones de fuerzas económicas, políticas, culturales y militares forjadas en los años y décadas anteriores, convergentes ahora en un mismo instante definitorio: la sublevación.

Sin embargo, las cosas también podrían tomar otro rumbo: esta autoformación del proletariado en clase no necesariamente desembocará en esta confrontación con el capital, pues ella, la unidad proletaria, con la misma fuerza con que nació, “vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros”, con lo que todo lo conseguido “se desvanece en el aire” y obliga a los obreros a refundar su unidad sobre las ruinas de la anterior. Y aunque no fuera así, y estas luchas convertidas en sublevaciones triunfaran, no aseguran por ese simple hecho la victoria de la causa obrera: pueden ser ellas mismas fuerzas productivas políticas del capital, que en vez de superar su lógica, la generalicen a todo el país, como lo que sucedió en la URSS. En este caso, como ya lo previno Marx en su tiempo, la revolución proletaria habrá sido una simple revolución política, que habrá ayudado a instaurar el dominio social general de la burguesía.¹¹⁸

¹¹⁷ Sobre la nación concebida a partir de la forma valor, véanse Bolívar Echeverría Andrade, “La ‘forma natural’ de la reproducción social”, en *Cuadernos Políticos*, No. 84, 1984; René Zavaleta, “El mundo del temible Willka”, en *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986; Álvaro García Linera, *Forma valor y forma comunidad*, op. cit.

¹¹⁸ “Aunque el proletariado derroque la dominación política de la burguesía, su triunfo sólo será transitorio, simple momento en el proceso de la revolución

No hay por tanto, ni camino ineluctable hacia la victoria revolucionaria, ni ascenso gradual e históricamente ascendente del obrero al pedestal de clase organizada. Éste ha sido uno de los nefastos mitos idealistas del pseudoizquierdismo, preso de un mecanismo linealista que sustituyó el devenir histórico contingente de las luchas sociales por un curso preconcebido en las cabezas afiebradas de los profetas.

La construcción del obrero en clase revolucionaria es un proceso histórico de autoconstrucción de los obreros como entidad y unidad, por encima de la definición que de ellos ha hecho el capital. Aunque tiene que partir del patético ser en que el capital lo ha convertido, pues ahí están asentadas las condiciones materiales de posibilidad de lo que será, el trabajador tiene que trabajar sobre sí mismo, tiene que moldearse en función de lo que desea ser, derrumbando las prescripciones de su ser establecido por los otros que lo dominan y lo han deformado. Aquí, libertad y necesidad se fusionan, pues, por un lado, la construcción de la clase obrera por los propios obreros es *la producción de un sujeto autónomo*, de un sujeto que se define a sí mismo como colectividad, que elige, opta en la formación de su horizonte histórico. En estas condiciones, la libertad obrera es el proceso de su liberación del ser-obrero-del-capital, y que por tanto deja de ser obrero para afirmarse como trabajador libremente asociado. Por otro lado, esta autoconstrucción obrera para sí parte de los condicionamientos materiales de la realidad obrera hecha por el capital (en-sí); su campo de posibilidades está marcado por lo que, abierta y potencialmente, ha moldeado el capital sobre el cuerpo del trabajador. Cualquier cosa que haga el obrero, incluso el negarse colectivamente como obrero, lo hará a partir y sobre la base de su ser obrero, de las necesidades sociales despertadas

burguesa misma y servirá a su causa, cuyo desarrollo ulterior favorecerá, como sucedió en 1794 y sucederá aún, mientras el curso, es decir, el “movimiento” de la historia no elabore los factores materiales que crean la necesidad de poner término a los métodos de producción capitalistas y, en consecuencia, a la dominación política de la burguesía”. Karl Marx, *La crítica moralizante y la moral crítica*, México, Domes, 1982.

por ése, su ser mutilado, y de las potencialidades contenidas y constreñidas por su ser obrero para el capital.

La autoconstrucción de la clase obrera es simultáneamente el proceso de *autodisolución* de la propia clase, pues la clase obrera existe únicamente como clase dominada, extorsionada y desunificada. La unificación entre obreros a escala general, la rebelión contra la explotación y la insumisión a las relaciones de dominio que caracterizan a la autoafirmación del obrero es, simultáneamente, la negación de su ser dominado; esto es, de su ser obrero para el capital. Es por eso que Marx afirma que la clase obrera sólo puede liberarse aboliendo la propia estructuración de la sociedad en clases (“Todo modo de expropiación existente hasta nuestros días”).¹¹⁹ Pero la negación proletaria de su ser obrero-para-el capital es afirmación positiva del ser comunitario negada por el capital. El proletariado niega en el proceso revolucionario una negación, y así produce positivamente su autodeterminación.

La “clase revolucionaria” en Marx es el concepto que permite sintetizar esta contradicción procesal de la producción de autodeterminación proletaria: el obrero se construye como clase para sí, pero para comenzar a disolverse en tanto clase, ya que su ubicación en esta categoría es su aceptación de la dominación. Luchar contra la dominación es hacerlo contra su situación de clase; pero sólo puede derrotar su situación de dominada disolviéndose como tal. La clase revolucionaria es, por tanto, el proceso histórico de luchas colectivas de la clase obrera para dejar de ser clase obrera, esto es, clase dominada y explotada, y emerger en un largo proceso histórico ya no como clase, lo que, por su función de trabajador, es el eufemismo que toma su dominación. La perspectiva revolucionaria del proletariado, en caso de construirse, no es el ser clase, ni siquiera clase dominante, sino extinguirse como tal, extinguiendo la dominación de clases. La emancipación obrera, a diferencia de todas las revoluciones pa-

¹¹⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 121.

sadas, no tiene por objetivo instaurar otro dominio estructural de clase, sino superar las relaciones de clase.¹²⁰

Sólo este horizonte del comunismo vuelve inteligible y otorga sentido a los pasos intermedios u “objetivos inmediatos”, que pueden permitir su obtención, como “la constitución del proletariado en clase dominante”;¹²¹ la detención del movimiento revolucionario en cualquier etapa intermedia, esto es, que el comunismo no haya superado por completo al capitalismo y conviva con él o lo promueva como parte subsidiaria (la revolución por etapas o la revolución permanente), sólo puede provocar que el capital vuelva a devorar al trabajo, y las fuerzas del comunismo se enajenen como fuerzas del capitalismo.

En cualquiera de sus momentos de autoemancipación, desde la resistencia desplegada por el obrero individual, hasta la conversión del proletariado en clase dominante, el ser obrero-para-el capital y el ser obrero-para-sí-mismo, se hallan presentes estados de flujo candente y jerarquizado uno junto al otro, de manera indisoluble. A cada momento del ser mercancía, está la posibilidad material de un lento o rápido proceso de formación de la autonomía obrera frente al capital y de su extensión; a cada paso del avance de la autounificación del obrero como clase revolucio-

¹²⁰ Ante la pregunta de Mijaíl Bakunin sobre “qué quiere decir esto del proletariado organizado como clase dominante”, Marx responde: “Es decir que el proletariado en vez de luchar aparte contra las clases económicamente privilegiadas, ha adquirido la fuerza y la organización suficientes para emplear medios generales de coacción en la lucha contra ellas; pero sólo puede emplear medios económicos que correspondan a su propio carácter de asalariado, aboliéndolo, por tanto, como clase; con su victoria total se termina también, por tanto, su dominación, porque desaparece su carácter de clase”. Karl Marx y Friedrich Engels, “Resumen del libro de Bakunin *Estatalidad y anarquía*”, en *Obras fundamentales*. Tomo 17, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Respecto a la Comuna de París, Marx escribe: “La comuna no suprime las luchas de clases, por medio de las cuales la clase obrera se esfuerza por abolir todas las clases, y por eso toda dominación de clase, pero la Comuna crea el ambiente racional dentro del cual esa lucha de clases puede recorrer sus diferentes fases de manera más racional y humana [...]. Ella da comienzo a la emancipación del trabajo”. Karl Marx, *Borrador de la guerra civil en Francia*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1978.

¹²¹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

naria está la posibilidad material dominante de la competencia y la desintegración de esa unidad por fuerza del capital; la historia contemporánea del capitalismo no es otra cosa que el curso histórico contradictorio, de ida y vuelta incesante de este fluir condensado de fuerzas sociales llamadas clases sociales. Si el capital avanza, crea máquinas, y modifica la naturaleza para sus fines, es porque necesita mediante ello crear condiciones de la sumisión del trabajo obrero, que sobre esos hechos encuentra, a la larga, las maneras de inventar, de renovar o de reproducir las maneras de su autounificación frente al capital; que de no extenderse a escala nacional y luego mundial, volverán a ser trituradas por el capital, por sus modificaciones organizativas y tecnológicas, en un proceso ininterrumpido que sólo podrá finalizar con la extinción plena del capitalismo y de las relaciones de clase que lo sostienen.

Esto significa que no hay adquisiciones obreras de historia, de conciencia, de organización perennes y definitivas; cada una de ellas es un fruto histórico contradictorio que ha nacido de una correlación de fuerzas antagónicas específicas, ella misma es síntesis de esa tensión de fuerzas contradictorias y ha de disolverse nuevamente en ellas, para luego dar paso a otras cristalizaciones o solidificaciones temporales que se disolverán ante el caldero de lava de las relaciones de clase. Detrás de cada avance autoorganizativo del trabajo acecha el capital, que utilizará todos sus medios económicos, políticos y culturales para diluir esa conquista laboral o para retorcerla y darle otros fines. El gremio, las cooperativas, las cajas, los sindicatos, los partidos, todos llevan en sus entrañas y su desarrollo esta doble naturaleza contradictoria de la relación de clases; ninguna creación, ninguna invención, ninguna teoría, ninguna institución de los dominados escapa a este potencial designio fatal de devenir su contrario; es por eso precisamente que las clases dominadas son dominadas.¹²²

¹²² Göran Therborn, *¿Cómo domina la clase dominante?*, México, Siglo XXI, 1990; Barrington Moore, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM, 1996, y Biaggio de Giovanni, *La teoría política de las clases en El capital*, México, Siglo XXI, 1984.

Lo único revolucionario es el movimiento histórico de la revolución, el proceso histórico de la revolucionarización de las relaciones de poder social, que se inicia desde que el capital pone pie en la producción y que terminará, si es que lo hace, cuando el capital como relación social sea un arcaísmo del pasado. La revolución comunista es, pues, un proceso que se inicia con el capitalismo, que atraviesa distintas etapas de intensificación, de retrocesos, de pequeñas victorias y descomunales derrotas que relanzan las nuevas condiciones de posibles victorias más extendidas y que, en caso de finalizar, lo hará en el comunismo, si es que éste logra realizarse. A esto Marx lo llama “movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”.¹²³

La revolución social no es un *Putsch* de vanguardias arriesgadas,¹²⁴ no es un golpe de Estado que derroca a los malos funcionarios del poder estatal por otros más abnegados, comprometidos o letrados en el “programa”; es un largo proceso de autodeterminación social, económica, política y cultural que, iniciándose en cada centro laboral, en varias regiones y países de manera aislada, es capaz de interunificar materialmente prácticas, actitudes y hechos para crear un sentido de totalización práctica del trabajo que totalice, que supere positivamente la totalización

¹²³ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

¹²⁴ “Los conspiradores no se limitan a organizar de modo sistemático al proletariado revolucionario. Su tarea consiste precisamente en anticiparse al proceso de desarrollo revolucionario, en conducirlo artificialmente hasta la crisis, en improvisar una revolución sin que estén dadas las condiciones para ella. Según ellos, la única condición para la revolución es que su complot esté organizado de manera suficiente. Alquimistas de la revolución, comparten el desorden mental, la estrechez de espíritu y las ideas fijas de los antiguos alquimistas. Traman inventos que les permitirán lograr milagros revolucionarios: bombas incendiarias, máquinas infernales de efecto mágico, motines de efecto tanto más fulminante cuanto menos racional sea su fundamento. Ocupados en imaginar esos proyectos, sólo piensan en derrocar de modo inmediato el gobierno existente, mientras guardan el más profundo desprecio hacia la educación propiamente teórica de los obreros [...]. Para la revolución moderna es insuficiente ya esa parte del proletariado; sólo el proletariado en su conjunto puede realizar la revolución”. Karl Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue. Politisch-ökonomische Revue*, No. 1, 2, 3 y 5-6, 1850.

del capital. Es, pues, un hecho de masas, de sus comportamientos, de sus creencias, de sus acciones, de sus creaciones, de sus sueños, de sus objetivaciones materiales que, en su unificación, son capaces de producir, tanto una *nueva relación de poder* a escala nacional primero (“elevarse a la condición de clase nacional” dice el *Manifiesto comunista*),¹²⁵ y luego mundial (porque el capital es una relación mundial), como una *nueva forma de ejercicio no disciplinario del poder*,¹²⁶ que permita que el hecho factual de masa se presente a sí mismo sin intermediación re-presentable, que ha sido precisamente la técnica para escamotear y enajenar el rol de la fuerza colectiva.

La constitución de la clase revolucionaria es, entonces, desde todo punto de vista, un hecho material de clase imposible de ser suplantado por la pericia de las vanguardias, la mística de un puñado de militantes o la escritura prolífica de algún bienpensante. La constitución de la clase revolucionaria es un hecho histórico que compete a la experiencia histórica de la propia clase, de la multitud abigarrada que valoriza al capital. A este movimiento material de autoconstrucción, que es un proceso de autodeterminación general del trabajo frente al capital, Marx lo llama *partido político de la clase*.

Lo que para Marx es el partido revolucionario de la clase, no es otra cosa que el proceso social de autoconstrucción obrera de su autonomía frente al capital, lo que tiene dos implicancias histórico-generales. En primer lugar, que es un proceso que compete a los trabajadores en su conjunto, en su totalidad y en su vida cotidiana, en un centro de trabajo, en una zona, en el país y en el mundo. En segundo lugar, que no puede ser sustituido por la abnegada militancia, la astucia teórica o la radicalidad de unos adeptos de algún profeta de secta: o el partido es un producto del movimiento de autoemancipación material del trabajo, o no

¹²⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 127.

¹²⁶ Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1985.

es más que una farsa de un puñado de impostores que hablan en nombre de los trabajadores.

En la medida en que el capital es una realidad social y material que enajena el trabajo, y el comunismo no es otra cosa que el “movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual”,¹²⁷ la superación de esa realidad no puede ser más que un hecho igualmente social y material, que involucra a las clases trabajadoras en su conjunto, a su actividad práctica colectiva. El partido es entonces el largo movimiento de constitución histórica de la masa proletaria en sujeto conductor de su destino, a través de la elaboración de múltiples y masivas formas prácticas, capaces de producir una realidad diferente a la establecida por el capital. El *partido*, en tal sentido, *es un hecho material de masa*, no de sectas ni vanguardias; es un movimiento de acciones prácticas, no simplemente de adquisiciones teóricas, es lucha de clases de la propia clase obrera, no un programa o “ideal al cual sujetar la realidad”.¹²⁸

Es en este contexto que debe entenderse también aquella afirmación del *Manifiesto* que sostiene que “de todas las clases que hoy se enfrentan contra la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria”.¹²⁹ Marx y Engels no están afirmando que sólo es el proletariado quien se enfrenta a la burguesía, ni que el proletariado es por excelencia revolucionario. En el primer caso, el propio *Manifiesto* habla de la posible acción revolucionaria de una parte de lo que él llama estamentos medios,¹³⁰ y en los años posteriores, en su encuentro con las formaciones sociales de Rusia, Asia, América, estudiará el potencial revolucionario y comunista de estructuras comunales coetáneas al régimen capitalista.¹³¹ En el segundo, la definición del obrero

¹²⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, *op. cit.*

¹²⁸ *Ibid.*

¹²⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*

¹³⁰ *Ibid.* Véase también Karl Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, *op. cit.*

¹³¹ “Otra circunstancia favorable a la conservación de la comuna rusa (por la vía del desarrollo) es que no sólo es contemporánea de la producción capitalista sino que

como capital variable, como mercancía, anula cualquier posibilidad de deificar al proletariado como el ser revolucionario por antonomasia.¹³²

Dado que lo que de entrada define al obrero es su ser mercancía para el capital, la posición revolucionaria no puede venir por su definición estructural, que precisamente la descarta; por el contrario, el ser revolucionario es el proceso de negación de ese ser impuesto por el capital, la negación colectiva de ese ser obrero. Es por eso que el *Manifiesto*, al afirmar el carácter revolucionario del proletariado, condiciona esta posición *a la lucha*, al enfrentamiento contra la burguesía. No es lo revolucionario lo que precede a la lucha, sino a la inversa, la lucha contra el capital, que es un hecho de contingencia histórica, una elección, es lo que convierte al obrero en proletario revolucionario. Lo revolucionario no es entonces una esencia trascendente depositada en los obreros esperando realizarse en algún momento. Esto sería suplantarse la historia por una metafísica de la sustancia transhistórica. Lo revolucionario es una posición social que debe ser conquistada en el terreno mismo de la práctica cotidiana de la lucha, que no sólo nunca es completa, sino que además no se mantiene por inercia; para darse en el porvenir tiene que producirse nuevamente,

ha sobrevivido además a la época en que el sistema social se presentaba todavía intacto y que en cambio lo halla, en Europa Occidental como en Estados Unidos, en lucha tanto contra la ciencia como contra las masas populares [...]. Lo halla, en una palabra, en una crisis que sólo terminará con su eliminación, con la vuelta de las sociedades modernas al tipo 'arcaico' de la propiedad común, forma donde —como dice un autor norteamericano, nada sospechoso de tendencias revolucionarias, apoyado en sus trabajos por el gobierno de Washington— el 'sistema nuevo' al que tiende la sociedad moderna, será 'un renacimiento en una forma superior de un tipo social arcaico'. Luego no hay que asustarse demasiado de la palabra arcaico". Karl Marx, "Carta a Vera Zasúlich", en "El porvenir de la comuna rural rusa", en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 90, 1980.

¹³² Refiriéndose a esos miembros de la Liga de los comunistas que les dicen a los obreros, como nuestros pseudoizquierdistas de atrio, que "debemos ahora mismo alcanzar el poder o irnos a dormir", Marx los critica: "A semejanza de los demócratas, que convierten la palabra pueblo en un fetiche, vosotros habéis hecho un fetiche de la palabra proletariado. A semejanza de los demócratas, vosotros sustituis también el desarrollo revolucionario por frases sobre la revolución". Karl Marx, 15 de septiembre de 1850, en "Mayo a octubre de 1850", *op. cit.*

pues siempre estará siendo socavada por la propia competencia renovada entre obreros; y ello mientras se mantengan en pie las relaciones del valor como medida del trabajo social.¹³³

Para Marx, lo “verdaderamente revolucionario” no es el obrero como tal, sino el obrero en lucha contra el capital, y es eso justamente lo que Marx toma en cuenta cuando, por ejemplo, en diciembre de 1849, al referirse a las masas obreras de Francia y Alemania, señala que “tal vez sean revolucionarias de palabra, pero no lo son evidentemente en los hechos”;¹³⁴ o cuando se refiere al aburguesamiento del proletariado francés a partir de la reacción y la prosperidad imperante;¹³⁵ o cuando comenta sobre el “servil espíritu” del obrero inglés.¹³⁶

¹³³ Sobre las condiciones de superación del régimen del valor, véanse Karl Marx, “Crítica al Programa de Gotha”, en *Obras escogidas*. Tomo III, *op. cit.*; “Notas marginales al ‘Tratado de economía política’ de A. Wagner” (1880), en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 97, 1982; “Contradicción entre la base de la producción burguesa (medida del valor) y el desarrollo de ésta”, en *Grundrisse*, *op. cit.*

¹³⁴ Karl Marx, “Carta a Weydemayer”, 19 de diciembre de 1849, en *MEOF*. Tomo 4, p. 455.

¹³⁵ Karl Marx, “Carta a Engels”, 24 de diciembre de 1852.

¹³⁶ Karl Marx, “Carta a Engels”, 17 de diciembre de 1862. Al comentar la tergiversación que sobre ese párrafo del *Manifiesto* hace F. Lassalle, señala: “...desde este punto de vista es también absurdo que frente a la clase obrera (las otras clases) ‘no forman más que una masa reaccionaria’, juntamente con la burguesía, y, además, —por sí eso fuera poco—, con los señores feudales. ¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales y a los campesinos: frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?”. Karl Marx, “Glosas marginales al programa del partido obrero alemán”, en *Obras escogidas*. Tomo II, *op. cit.*

Igualmente, Engels es contundente al respecto: “En primer lugar se acepta la frase altisonante pero históricamente falsa de Lassalle: respecto de la clase obrera, las demás clases no son sino una masa reaccionaria. Esta afirmación sólo es verdadera en *casos particulares y excepcionales*: por ejemplo, en una revolución proletaria como la Comuna o en un país en que el Estado y la sociedad no sólo hayan sido moldeados por la burguesía a su imagen y semejanza, sino en que la pequeña burguesía democrática haya hecho lo mismo llevando a cabo esta refundición hasta sus últimas consecuencias”. Friedrich Engels, “Carta a Bebel”, 18-28 de marzo de 1875.

Sobre la posición de Marx respecto a la actuación revolucionaria de los traba-

En el *Manifiesto*, el partido es una acción histórica prolongada que reclama materialmente a toda la clase, a todas sus actitudes, a todas sus acciones, a todas sus percepciones, a todas sus capacidades creativas por dos motivos evidentes: porque la dominación del capital es una realidad material totalizadora de la vida, que sólo puede ser remontada también por realidades materiales que retotalizan la vida del trabajo en función de sus propios designios; y porque la conformación de las clases no es fruto de una enunciación, aunque ello contribuya; es un resultado práctico, que atraviesa todos los espacios de la vida social. De ahí que el concepto fuerte de partido en Marx no puede reducirse ni a la acción de una abnegada elite esclarecida que forma su red de clientela política o devotos, ni a una adquisición de conciencia, de cultura “inyectada” a esa clientela, para que al fin sepan lo que tienen que hacer.¹³⁷

Esta manera falseada de entender y practicar el “partido marxista”, que en el último siglo ha sido cómplice de las derrotas revolucionarias en el mundo, en el fondo es una renovación del discurso liberal e idealista bajo el disfraz deformado de un supuesto “marxismo”.¹³⁸

Del liberalismo, porque pretende que una ruidosa elite de adeptos a algún manojito de “principios inventados por algún reformador del mundo” sea la que suplante a la clase, a su proceso material de autoconstrucción política y cultural. Estos “representa-

jadores del campo frente al capital, véase Álvaro García Linera, *De demonios escondidos y momentos de revolución*, La Paz, Ofensiva Roja, 1991.

¹³⁷ “Durante casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es la fuerza motriz esencial de la historia, y en particular en que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado es la máxima palanca de la revolución social moderna; por ello no es posible colaborar con gentes que desean desterrar del movimiento esta lucha de clases. Cuando se constituyó la Internacional formulamos expresamente el grito de combate: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Por ello no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser liberados desde arriba por los burgueses y pequeño-burgueses filántropos”. Karl Marx y Friedrich Engels, “Circular a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros”, septiembre de 1879.

¹³⁸ Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996.

tantes” del proletariado, que ejercen un efecto ventrílocuo respecto a la auténtica voz multiforme del proletariado, se asignan un papel similar al de los ideólogos del liberalismo, que consiste en elaborar técnicas políticas de suplantación de la voluntad general, por el mando de unos “representantes” que pueden ser parlamentarios, burócratas virtuosos, o, en este caso, unas pseudovanguardias letradas. En todos los casos, el efecto es el mismo: mantener la acción política, esto es, la gestión de los asuntos comunes de la sociedad, como patrimonio privado de unos “especialistas” del mando, del poder social.

Pero, además, se trata de un liberalismo enroscado en un idealismo filosófico de poca monta, en cuanto reduce, además, el problema de la construcción del partido a un asunto de ideas, discurso, tesis y programas, como si la dominación del capital fuera simplemente una cuestión de tesis, discursos o mala conciencia. Escribe Marx en *La sagrada familia*:

Según la crítica crítica, todo el mal (que padecen los obreros) radica exclusivamente en cómo “piensan” los obreros [...]. Pero estos obreros de masas, comunistas, que trabajan, por ejemplo, en los talleres de Manchester y Lyon, no creen que puedan eliminar mediante el “pensamiento puro” a sus amos industriales y su propia humillación práctica. Se dan cuenta muy dolorosamente de la propia diferencia que existe entre el ser y el pensar, entre la conciencia y la vida. Saben que la propiedad, el capital, el dinero, el trabajo asalariado, etc., no son precisamente quimeras ideales de sus cerebros, sino creaciones muy prácticas y muy materiales de su autoenajenación, que sólo podrán ser superadas, asimismo, de un modo práctico y material.¹³⁹

El capital, como relación social, es un hecho material que involucra a todas las clases trabajadoras; el proceso histórico de supresión de esta relación de subordinación, esto es, la construc-

¹³⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967, p. 118.

ción de la clase, es también un proceso material que compete a toda la clase. De hecho, Marx llama partido precisamente a la “construcción del proletariado en clase”,¹⁴⁰ que no es otra cosa que un proceso de materialidad social, en la cual el trabajador comienza a producir una nueva significación social al valor de uso de su trabajo, al valor de uso de su unidad, al valor de uso de su creatividad, en síntesis, a la objetividad material de la clase. Las ideas juegan ciertamente un papel destacado en todo ello, pues son la “parte ideal de lo material social”,¹⁴¹ pero no pueden ni suplantarla ni sustituir el resto de componentes prácticos de esa materialidad.

Los liberales consecuentes en este sentido son mucho más consistentes en sus planteamientos; no esconden sus intenciones respecto al interés de usurpación de la voluntad política popular, a la que consideran marcada por vicios o incapaz de autorrepresentarse,¹⁴² además de ser conscientes del dominio material que tienen que refrendar políticamente. Los liberales vergonzantes de nuestra época, en cambio, esconden detrás de una retórica obrerizante la anulación del protagonismo obrero, y se llenan la boca de un vulgar materialismo filosófico que en verdad rinde culto a la idea como exclusiva fuente creadora de realidad.

Frente al liberalismo en todas sus expresiones, Marx muestra con extrema precisión que la organización del proletariado en clase es un devenir práctico que impugna materialmente, en todos los terrenos de la vida y por todos los medios posibles, las condiciones de dominación social que el capital ha levantando; se trata de una deconstrucción de la identidad obrera producida por el capital como relación de subordinación (el obrero como capital variable), y la construcción de una nueva identidad práctica, por obra de los propios trabajadores (la libre asociación de

¹⁴⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, p. 119.

¹⁴¹ Maurice Godelier, *The Mental and the Material*, London, Verso, 1988.

¹⁴² Georg W.F. Hegel, *Filosofía del derecho*, México, UNAM, 1985; John Locke, *Two Treatises of Government*, New York, The New American Library, 1965; Norbert Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

los productores). De ahí que en la actualidad, dadas las condiciones de fragmentación mercantil en las que ha sido arrinconado el trabajo por el desarrollo “globalizado” del capitalismo, la formación del partido revolucionario en el gran sentido histórico puede también ser interpretada como la reconstrucción de las redes de una nueva sociedad civil autónoma frente al capital.

Sociedad civil, porque en sus nuevas décimas partes, ella es hoy el mundo del trabajo en sus múltiples maneras de existir. Interunificada en red, porque la estructura del trabajo ha alcanzado tal complejidad de estratificación económico-cultural, que no es posible hablar, como en la época fordista, de un trabajador uniformizado, homogéneo; cada fracción laboral está creando una connotación diferente de su identidad, que parecería exigir formas de interunificación similares a las neuronales, esto es, capaces de lograr fusiones temporales y desplazables, con alto grado de densidad compacta para determinado tipo de acciones, pero preservando a la vez un amplio margen de independencia y de elección aleatoria en la construcción de las redes de acción común. Por último, autónoma frente al capital, y por tanto ante el Estado del capital, porque precisamente ahí radicó el límite histórico de la antigua “sociedad civil”, que en parte creció a la sombra del Estado, en parte lo impugnó, pero sólo para negociar ante él las mejores condiciones de su subordinación, esto es, el monto del soborno social por arrancar para reafirmar la ineluctable supremacía del capital.

El partido del proletariado, para Marx y para los verdaderos comunistas de hoy, es por tanto el conjunto de razones y de acciones prácticas, de luchas, de resistencias, de organización y estrategias individuales, colectivas, locales, nacionales e internacionales que el mundo del trabajo despliega frente a la racionalidad del valor de cambio en los terrenos de la vida económica, política y cultural; en este proceso histórico multiforme, que no necesariamente requiere de vínculos externos que no sean la lucha en común, el proletariado produce su propia fisonomía económica, política y cultural, y en ese sentido se empieza a *autodeterminar socialmente*.

De ahí que no resulte extraño que en el *Manifiesto* Marx hable de la organización de los comunistas, a los que él pertenece, como uno más de los partidos proletarios; que llame primer partido obrero a los Cartistas ingleses, a los partidarios de la reforma agraria en Estados Unidos, o que después hable de los Blanquistas como el auténtico partido obrero de la revolución de 1848-1850 en Francia;¹⁴³ que años después señale a los sindicatos como los únicos representantes de un verdadero partido obrero;¹⁴⁴ que luego de haber participado en la Internacional, como un momento más de ese partido histórico, la disuelva; que en los años setenta hable de un único partido obrero alemán, a pesar de haber dos estructuras organizativas, o que en 1885, Engels señale a la solidaridad obrera entre los obreros de todos los países como base suficiente para formar un gran partido del proletariado.¹⁴⁵

¹⁴³ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, pp.122-129; y Karl Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, *op. cit.*

¹⁴⁴ “Los sindicatos son la escuela del socialismo. En ellos, los obreros se educan y llegan a ser socialistas porque presencian todos los días la lucha contra el capital. Todos los partidos políticos sin excepción, entusiasman a la masa obrera sólo durante cierto tiempo, momentáneamente; los sindicatos, por el contrario, lo captan de manera perdurable, son los únicos capaces de representar un verdadero partido obrero y ofrecer protección contra el poder del capital”. Karl Marx, “Declaración formulada ante una delegación de sindicalistas alemanes”, 27 de noviembre de 1869. Véase también la “Carta de Marx a Schweitzer”, 13 de febrero de 1865.

Por su parte Engels, comentando el proyecto del partido socialdemócrata, critica que “no aparece una palabra sobre la *organización de la clase obrera como clase mediante los sindicatos*. Y éste es un punto principalísimo, porque ésta es la *verdadera organización de clase del proletariado*, en el que lleva a cabo sus luchas diarias con el capital, en la que se entrena, y que hoy día no puede simplemente ser aplastada ni siquiera en medio de la peor reacción”. “Carta de Engels a Bebel”, 28 de marzo de 1875 (las cursivas son nuestras).

¹⁴⁵ “Hoy, el proletariado alemán ya no necesita de ninguna organización oficial, ni pública, ni secreta; basta con la simple y natural cohesión que da la conciencia del interés de clase, para conmover a todo el Imperio Alemán, sin necesidad de estatutos, de comités, de acuerdos ni de otras formas tangibles [...]. El movimiento internacional del proletariado europeo y americano es hoy tan fuerte, que no sólo su primera forma estrecha —la de la Liga secreta—, sino su segunda forma, infinitamente más amplia —la pública de la asociación internacional de los trabajadores—, se ha convertido en una traba para él, pues hoy basta con el

Estos dos niveles del partido en Marx —primero como proceso de autoconstrucción de la clase en su conjunto, y segundo, como estructura organizativa específica y efímera que se levanta sobre la primera— nos muestran que lo decisivo del partido son los procesos de interunificación política de los trabajadores desde el centro de trabajo, y de vida social frente al capital. Ahí, el partido es sinónimo de construcción de la clase, por la acción práctica de la propia clase, capaz de ir forjando un sentido de totalidad interpelatorio, y luego antagonico al establecido por el régimen del capital. Es decir, la clase obrera, en su sentido estricto de masa en estado de autodeterminación, es el partido de la clase obrera, porque construye materialmente su propia personalidad ante la personalidad delegada por el capital. No se es clase revolucionaria por participar en algún partido específico. Pensar de tal manera es simplemente el efecto del fetichismo de la mercancía trasmutado a la esfera política, que convierte a los medios y los productos en fines y productores. Se es clase para-sí misma y en esa medida se es partido. En 1860, Marx llamará a este *partido-clase* el partido en “el gran sentido histórico de la palabra”.¹⁴⁶

En cambio, el partido como estructura organizativa específica son las expresiones fenoménicas y transitorias del proceso de la autoconstrucción política de la clase. La labor de estas estructuras, en caso de ser expresiones reales del movimiento, sin lugar a dudas es decisiva en cuanto permite ayudar a unificar, en estructuras organizativas más o menos compactas, más o menos públicas o cerradas, un flujo de intenciones, de disposiciones prácticas latentes en el seno de la clase. Un partido, en este sentido

simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un sólo y único partido: el gran partido del proletariado. Friedrich Engels, “Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas”, en *Obras escogidas*. Tomo III, *op. cit.*, pp. 201-202.

¹⁴⁶ “La Liga (de los comunistas), lo mismo que la sociedad de las estaciones de París, que centenares de otras asociaciones, no fue más que un episodio en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna [...], del partido en el gran sentido histórico del término”. Karl Marx, “Carta a Freiligrath”, 29 de febrero de 1860.

específico, puede contribuir, solamente contribuir, a potenciar, a reforzar, a expandir, a “destacar y hacer valer”, dice el *Manifiesto*, el interés común del “movimiento en su conjunto” de emancipación del trabajo.

El papel del partido en este sentido restringido hoy en día sería, entonces, el mismo que propugnaba Marx para los comunistas de su época: impulsar, reforzar, generalizar, destacar la autonomía obrera frente al capital; no prescribir el rumbo que “debería” tomar el movimiento de autoemancipación, ya que ésa es tarea de pastores que consideran a los trabajadores incapaces de liberarse por sí mismos, no de comunistas.¹⁴⁷

“Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente”, nos señala el *Manifiesto*.¹⁴⁸ El partido, en este sentido específico, no inventa ni puede sustituir la lucha de clases; tan sólo puede reforzar las tendencias autodeterminativas que se dan dentro de la lucha de clases.

Los tipos de organización que asumirá este proceso de autoformación de la clase son diversos, pero también efímeros, porque son producto, resultado de las condiciones del desarrollo de la lucha de clases, y en especial, de las condiciones reales de la autoconstrucción histórica del proletariado en clase frente al capital. En el marxismo no es posible hallar, por tanto, una teoría definitiva de la organización política, porque el marxismo no es una filosofía del fin de la historia.¹⁴⁹

La lucha de las clases es un movimiento real que se transforma incesante y aleatoriamente ante nuestros ojos, y en tal medida, las

¹⁴⁷ No por casualidad la consigna de la Primera Internacional fue: “La emancipación de la clase obrera será obra de ella misma”.

¹⁴⁸ Karl Marx y Friedrich Engels, “El manifiesto del partido comunista”, *op. cit.*, pp. 122-123.

¹⁴⁹ Francis Fukuyama, “¿El final de la historia?”, en *Ciencia Política*, No. 19, 1990; para una crítica, Perry Anderson, *Los fines de la historia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.

organizaciones obreras, mediante las cuales esa lucha se expresa y se constituye teóricamente, son también modificadas por ese movimiento de fuerzas estructurales que acontece en los campos de la vida social.

En Marx no hay receta organizativa; las estructuras fosilizadas son propiedad de las sectas. Es en las formas concretas en que se va tejiendo y retejiendo el automovimiento impugnador del trabajo contra el capital donde se ha de delinear el espacio de posibles organizaciones específicas del trabajo. Es en las condiciones materiales de la dominación histórica, de las formas de consumo de la fuerza de trabajo, de la supeditación técnica en el proceso de producción, que se revolucionan incesantemente, que hay que ir a hallar las condiciones materiales de insubordinación del trabajo y, por lo tanto, de las formas organizativas transitorias más eficaces para potenciar ese movimiento de emancipación.

Después que la liga [de los comunistas para la cual Marx y Engels redactaron el *Manifiesto*] se disolvió en noviembre de 1852 siguiendo una propuesta mía, no he pertenecido nunca, ni pertenezco, a ninguna asociación secreta o pública, ya que el partido, en este sentido totalmente efímero, ha dejado de existir para mí desde hace ocho años [...]. Al hablar del partido entendía el partido en el gran sentido histórico de la palabra.¹⁵⁰

Sentido histórico y sentido efímero del partido forman parte de una dialéctica histórica del partido en Marx, que hoy es preciso reivindicar, ante una trágica experiencia del partido-Estado prevaeciente en las experiencias organizativas de gran parte de la izquierda mundial. El partido-Estado, en todo los casos, ha sido la réplica en miniatura del jerarquizado despotismo estatal, que ha enajenado la voluntad del militante en los omnímodos poderes de los jefecillos y funcionarios partidarios; y no bien se dan las transformaciones sociales revolucionarias, estos aparatos tienen una extraordinaria facilidad para amalgamarse a las máquinas

¹⁵⁰ Karl Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, *op. cit.*

estatales, para reconstruirlas en su exclusiva función expropiadora de la voluntad general, que a la vez reforzará la racionalidad productiva capitalista de donde ha emergido.¹⁵¹

Si el partido, en el gran sentido histórico, es la autoconstrucción de la clase revolucionaria, que a su vez no es más que el largo proceso histórico de disolución de las escisiones sociales en clases explotadas, por tanto del Estado, las estructuras organizativas transitorias que expresen este desarrollo no pueden menos que objetivar una forma organizativa de un nuevo tipo, que lleve implícita la tendencia de lucha hacia la disolución del funcionamiento maquina estatal. Sólo así estas estructuras organizativas podrán garantizar su vínculo de expresión del movimiento de autonomía obrera de clase ante el capital.¹⁵²

¹⁵¹ La única rectificación que Marx propone al *Manifiesto* en 1872, después de la experiencia de la Comuna de París, es precisamente que “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está y servirse de ella para sus propios fines”. La comuna como “forma política de la emancipación social” de los trabajadores, había mostrado la necesidad de “destruir el Poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad (de la nación), independiente y situado por encima de la nación misma, de la cual no era más que una excrescencia parasitaria” a fin de ser sustituido por una forma política en la que “las funciones públicas, militares, administrativas, políticas, sean funciones verdaderamente de todos los obreros, en vez de los ocultos atributos de una casta entrenada”. Karl Marx, *Borrador de la guerra civil en Francia, op. cit.* Sobre esta rectificación del *Manifiesto*, véase Étienne Balibar, *Cinco ensayos de materialismo histórico*, Barcelona, Laia, 1976.

¹⁵² “El Congreso de La Haya confirió al Consejo General (de la Internacional) poderes nuevos y más amplios. De hecho, en un momento en que los reyes se reúnen en Berlín, en que nuevas medidas represivas contra nosotros agravadas deben salir de esa reunión de las potencias representativas de la feudalidad y del pasado y en que se organiza sistemáticamente la persecución, el Congreso de la Haya estimó conveniente y necesario ampliar los poderes del Consejo General y centralizar con miras al combate en curso todas las acciones que, aisladas, son impotentes. ¿Y quién podría inquietarse de los poderes atribuidos al Consejo General (de la Internacional) sino nuestros enemigos? ¿Acaso éste cuenta con una burocracia, con una policía armada para obligar a la gente a la obediencia? ¿Acaso su autoridad no es una autoridad puramente moral? ¿Acaso no somete sus resoluciones al juicio de las federaciones que están encargadas de ejecutarlas? Si ellos (los gobiernos) estuvieran colocados en semejantes condiciones, sin ejército, sin policía, sin tribunales, el mismo día en que se vieran reducidos a disponer más que de una influencia y de una autoridad morales para mantener

De todo esto se desprenden dos tareas ineludibles para los comunistas de hoy en día: mientras el comunismo “no es una doctrina sino un movimiento”, en la “medida en que teóricamente es la expresión teórica de la posición que el proletariado ocupa en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado”¹⁵³ o, en palabras del *Manifiesto*, “expresión de conjunto de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”, los comunistas no tienen que afinar añejas premoniciones sobre un predestinado fin apocalíptico emboscado detrás del actual triunfalismo liberal; tampoco deben hacer un acto de fe acerca de una resurrección del ideal socialista. Lo primero es para charlatanes, y lo segundo para feligreses.

Los comunistas tienen que dar cuenta del “movimiento real” que suprime el estado de cosas actual, reforzarlo allá donde surge, destacar el interés general anidado en las luchas particulares aisladas. Y eso, hoy en día, es en primer lugar entender lo que sucede con el régimen del capital, ver sus actuales fuerzas motrices, sus posibilidades de expansión, sus modificaciones tecnológicas para la obediencia obrera, sus reorganizaciones para debilitar las resistencias obreras y vencer la competencia interempresarial; pero todo ello para elucidar sus impotencias fácticas, sus limitaciones efectivas. De lo que se trata no es de amoldar al esquema mental la realidad indagada, sino de construir y ordenar las categorías conceptuales requeridas para aprehender el significado del movimiento de la realidad.

Simultáneamente, tienen que volver inteligibles las condiciones materiales que han posibilitado las frustraciones de las luchas

su poder, los reyes no opondrían más que obstáculos irrisorios al avance de la revolución. [...]. El principio fundamental de la Internacional es la solidaridad”. Karl Marx, “Discurso sobre el Congreso de La Haya”, 15 de septiembre de 1872, en *MEOW*. Tomo 17, pp. 320-321.

¹⁵³ “El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento, no arranca de premisas sino de hechos; los comunistas no parten de esta o la otra filosofía, sino de toda la historia anterior [...]. El comunismo en la medida en que teóricamente es, es la expresión teórica de la posición que el proletariado ocupa en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado”. Friedrich Engels, “Los comunistas”, en *Obras escogidas*, *op. cit.*

sociales, sus derrotas y su conversión en fuerzas productivas del capital, como en Europa del Este. De otra manera, las condiciones de los fracasos proletarios que cubren la historia de este siglo no habrán sido incorporadas en la memoria práctica de las clases laboriosas y, por tanto, las posibilidades de emancipación quedarán aún más dificultadas de lo que ya lo están hoy.

Por último, y atravesando las dos prácticas anteriores, se tienen que indagar y reforzar prácticamente, comprometiéndose hasta el fondo con ellos, los múltiples medios actuales y dispersos con los que el trabajo resiste y trata de superar la lógica del capital, las condiciones materiales de su extensión e interunificación capaces de crear un sentido de totalidad contestataria al orden civilizador del capital, las nuevas circunstancias de la existencia de la forma social capitalista que habilitan un nuevo abanico de vías posibles de irrupción de la autonomía proletaria.

De lo que se trata es de retomar en nuestro tiempo la intencionalidad comunista sintetizada en el acto de creación y la prosa del *Manifiesto comunista*: indagar acuciosamente la realidad del capital para hallar, en esta manera actual de su existencia, las condiciones materiales propias de su superación como régimen social, a fin de expresarlas más nítidamente, de reforzarlas. La modalidad de la organización o de las organizaciones de los comunistas, necesarias para esta nueva época del capitalismo, resultará de los requerimientos marcados por las características que está asumiendo actualmente el movimiento práctico de desenajenación del trabajo.